



August Von Kotzebue

Misantropía y arrepentimiento

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

August Von kotzebue

Misantropía y arrepentimiento

Drama en tres actos, arreglado a nuestro teatro

Al señor Antonio Pinto.

El presente drama fue traducido por mandato de Vmd. y nadie merece, como tan buen amigo, parecer al principio de mi versión.

Si alguno evita la lectura de estos pocos renglones, temiendo que aparezca en ellos la ordinaria venalidad de las dedicatorias, defienda Vmd. la sinceridad de mi carácter, y diga en fin que no era indigno de tener un amigo

Dionisio Solís.

Prólogo del traductor

El efecto que hizo en mí la lectura de Misantropía, y el que yo esperaba que hiciera en el teatro, me determinaron a traducirla; a pesar de que las circunstancias en que meditaba su versión no anunciaban, al parecer, el lisonjero efecto que después tuvo. Los delirios más caracterizados que han infamado nuestra escena, y corrompido el gusto de la multitud, gozaban entonces de la recompensa, que sólo merecían el talento y la sensibilidad; y los aplausos que prodigaba una parte del pueblo manifestaban su ignorancia, al mismo tiempo que confirmaban en la suya al necio autor que los obtenía. Sin embargo, aquel público que envilecía, lo propio que incensaba, tenía un corazón como los demás hombres, cuya ternura sería la mejor apología de sus costumbres: y el suceso del drama presente no ha desmentido mi opinión.

La muchedumbre ocupada en el cumplimiento de sus primeras obligaciones, ni puede, ni debe hacer un estudio particular de las bellezas teatrales, sin que las familias maldigan tan inútil como perjudicial ocupación. En este supuesto exigir del público la teoría del teatro, es exigir un absurdo demasiado aparente. Mas no lo sería pedir a los poetas que se constituyen sus maestros, que le diesen modelos menos opuestos a la perfección ideal para que tuviese un punto de comparación a que referir todos los otros, y juzgar por él menos injustamente.

Sin embargo la naturaleza no renuncia jamás al imperio que tiene sobre sus producciones; y por más que la sociedad modifique al hombre, por más que le corrompa, no podrá salir del círculo de su dominación: sus leyes son anteriores a cualesquiera convenciones, son anteriores a la sociedad misma, y la compasión se ha manifestado en nosotros con la sensibilidad al placer, y la pena, con los signos que acompañan la complacencia y el dolor. De aquí nace, que la verdad teatral hará siempre una impresión permanente y profunda en nuestros órganos, y de aquí también las lágrimas que ha derramado el pueblo en la representación de Misanropía, &c. Estas lágrimas, que no deben lisonjear menos al que las vierte que al autor que las ocasiona, han demostrado cuan apropiado es esta especie de comedia triste, no sólo para interesar la mayor, y acaso la mejor parte de los hombres; sino también para estrechar los lazos de la sociedad.

Uno de los efectos de la desgracia es, el de reunirnos: y en la presencia del infeliz desaparecen las clases que pesan sobre los inferiores, y que nos separan en la vida civil. ¿Y por qué no? ¿Quién es aquél que no ha llorado alguna vez sobre la desventura de un padre, de un hermano, de un amigo suyo? ¿Quién es aquella mujer virtuosa cuya debilidad no podría llorar en ningún tiempo la ofensa hecha a un marido inocente y amable?

¿Y cuánto mayor será la actividad de esta sensación, si el espectáculo nos ofrece la imagen de la miseria que nos rodea, sin adiciones de circunstancias que destruyan en parte la identidad?

La conmiseración que nos substituye a los desventurados, la impresión que ocasionan sus desventuras, es menos intensa cuando la producen aquellos hombres constituidos en jerarquías sumamente lejanas a nosotros que cuando vemos padecer a los que la fortuna nos igualó en condición y estado. Quizá esta diferencia proviene de que las desgracias de los primeros son más relativas a su clase, que a la debilidad de la especie humana: o quizá, porque faltando puntos de contacto (si puedo hablar así) para la reunión del espectador, y el infelice que debe interesarle, no se reconoce en su desdicha.

Sea lo que sea, ello es cierto que la compasión no es otra cosa que la sensación dolorosa que produce en nosotros la vista de un objeto que sufre, y me hace partícipe de su dolor; que esta sensación nace de la idea que hay en mí del mal que veo padecer, y que quizá he sufrido, que esta idea la debilitan los accidentes que me alejan de la comparación; y en fin que la energía de la acción será siempre en razón de la semejanza más o menos equívoca entre nosotros, y los personajes de un drama.

El teatro no puede mudar las opiniones de la multitud; su influencia sobre las costumbres es harto dudosa, y según yo juzgo, su efecto no puede ser que el de sancionar con su aprobación pública las ideas morales de la sociedad: la educación las graba en nosotros lenta y profundamente, y las máximas pasajeras del teatro no les podrían dar otro carácter. Pero aun en la suposición contraria, los personajes que representa el mayor número de tragedias difieren mucho en sus ideas, en sus acciones, y en sus consecuencias, para que nosotros pudiéramos hacer aplicaciones directamente relativas a nuestra conducta.

No así en los dramas análogos a la desventura en que nacemos: yo me veo en ellos, yo hablo por boca de los que me parecen: sus desgracias son las mismas a que la humanidad

me sujeta; su condición... todo me identifica con ellos; y en fin lloro sobre mí propio, sobre mis padres, mis amigos, mis hijos, cuando imagino que la infelicidad ajena me entenece. ¡Qué otra cosa hace más fuerte impresión que las acciones generosas de que somos testigos! ¿Quién es el miserable que puede escuchar fríamente los sollozos de un hombre de bien? Ni que composición puede ser más preciosa que aquella que imperceptiblemente me substituye a los desventurados virtuosos, que me advierte que tengo entrañas, y que la humanidad me interesa. El llanto es un signo de la sociabilidad de mi carácter, y el corazón nada en placer cuando mis ojos le derraman. Una de las mujeres que asistió a la representación de Carlos y Eulalia, al decir ésta ¡y mis hijos! exclamó llorando: «¡ay, yo también soy madre, y ha nueve meses que no los veo»... Hombre sensible, célebre Kotzbue, ve aquí la recompensa de tu mérito, las lágrimas de una madre sencilla y buena.

Por último el pueblo ha decidido con su llanto en favor de la opinión mía, y lo que sentimos no necesita de justificación, ni de pruebas.

He reducido a tres los cinco actos del original, por evitar la multitud de intervalos que retardan la acción aparente, y no dan idea de la que debe caminar ocultamente hasta el instante en que principia cada acto. La escena en que Peters sigue a la mariposa es demasiado ridícula, e inútil para que yo la hubiera conservado: *semper ad eventum festinat*.

Pero por más que la verdad haya conducido el pincel de su célebre autor, y por más que yo haya procurado conservar preciosamente sus bellezas, sin la expresión de los actores no hubiera tenido mejor suerte que las composiciones que carecen de mérito. La acción, el tono, el gesto: ve aquí lo que propiamente pertenece al actor, y lo que nos arrebató en el espectáculo de las grandes pasiones: sólo un buen actor puede dar energía al discurso, y sólo él puede comunicar al alma de los que le escuchan las situaciones alternativas de la suya por medio de las inflexiones del acento. El pueblo y yo estamos persuadidos a estas verdades, y la ejecución de nuestros actores ha demostrado que la sensibilidad no depende de los preceptos.

Yo no puedo menos de dar un testimonio público de mi satisfacción en el desempeño del drama. Todos han contribuido, en cuanto les ha sido posible, al buen éxito suyo; pero algunos han superado mis esperanzas: y uno de ellos ha sido mi amigo el Señor Pinto. El carácter que representa es tan difícil, hay tan pocos ejemplos que poder observar para la imitación, que solamente analizando los diversos afectos que le constituyen, se puede ejecutar dignamente: y esto pertenece al talento y la meditación. ¿Pero dónde halló la sublime Rita el acento que corresponde a cada pasión? Acento fugitivo y difícil, que toda la sagacidad de un filósofo quizá no explicara, ni hallaran jamás los hombres que no saben llorar. ¡Que multitud de sentimientos demostraban su voz y sus ojos! ¡cuán persuasivo era su llanto! ¡cuán naturales sus actitudes! Mis obligaciones no me han dejado verla más de una vez: ¿pero que sentí yo cuando empezó la declaración de su culpa? Fuera de mí, ya no era Dionisio, era Eulalia, la culpada Eulalia: con ella pues me anonadaba, con ella maldecía al autor de su culpa, con ella invocaba a mis hijos, con ella suplicaba; y siguiéndola rápidamente transformado en su desventura, con ella imploraba el perdón de su debilidad. ¿Y quién sería el hombre estúpido y cruel que no la perdonase llorando a sus pies? No: los preceptos son insuficientes para imitar la sensibilidad de que nuestro corazón está lejos: es

otra cosa más íntima, y mucho más cierta la que arranca las lágrimas en el teatro al ver afligida a esta mujer: sus propias lágrimas son las que producen este efecto.

¡Ay amigo mío! si allá en las Islas del mar del Sur fundase algún sabio un pequeño pueblo feliz y virtuoso; después de celebrar en el templo las festividades religiosas, los cómicos rivales de la Rita Luna serían nuestros predicadores subalternos, y la naturaleza recobraría su ascendiente por el órgano de los actores y poetas.

PERSONAJES ACTORES

CARLOS, Barón de Menó

EL MAYOR HORST

EL CONDE DE WALBERG

BITERMAN

TOBÍAS

FRANTZ

PETERS

LA CONDESA DE WALBERG

EULALIA, bajo el nombre de Miler

EUGENIO, niño de cuatro o cinco años.

UNA CAMARERA.

DOS NIÑOS, Hijos del Barón.

ALGUNOS LACAYOS.

UN POSTILLÓN.

(La escena se supone en el castillo del conde de Walberg, en las cercanías de Cásel.)

Acto I

(El teatro representa un bello paisaje: el castillo aparece sobre una colina y a la derecha de los actores, a lo lejos, en el fondo, a su izquierda, una pequeñuela cabaña entre algunos árboles que la cubren: al mismo lado y al pie de la colina empieza una arboleda, que conduce a la morada del Extranjero: a la derecha, hacia el tercero bastidor, hay un pequeño pabellón practicable, del cual se ve solamente una parte.)

(PETERS que viene del castillo.)

PETERS

Amigo Peters, Señora

Miler lo manda, y es fuerza

llevar este dinerillo

al viejo Tobías. Ella

me ha encargado que lo calle;
5

pero en buenas manos queda

no, no lo sabrá ninguno.

¡A la verdad, que es muy bella

mujer la Señora Miler!

bella mujer! pero necia,
10

muy necia: porque ve aquí

lo que mi padre me enseña:

«el que gasta su dinero

»es un hombre sin prudencia;

»pero el que lo da, merece
15

»que le rompan la cabeza.»

(El BARÓN sale cruzados los brazos y la cabeza baja; ve a PETERS, y le mira con desconfianza: PETERS se queda por un momento mirando al BARÓN con la boca abierta, se quita después el sombrero, y con una cortesía extravagante se dirige hacia la cabaña.)

BARÓN

¿Quién era, Frantz?

FRANTZ

Es el hijo

del que administra las rentas

del castillo.

BARÓN

Por la noche

me hablaste ayer en la cena.

20

FRANTZ

De aquel labrador anciano.

BARÓN

Es verdad.

FRANTZ

Mas sin respuesta

me quedé.

BARÓN

Pues vuelve ahora

a decirlo, si te acuerdas.

FRANTZ

Pues, Señor, es pobre.

BARÓN

¿Y tú

de qué sabes su pobreza?

FRANTZ

Él lo dice.

BARÓN

¡Y él lo dice! (Con amargura.)

no ignora el hombre la senda

del engaño.

FRANTZ

Es cierto, pero

este anciano no granjea
30

la piedad con el engaño.

BARÓN

¿Y por qué no?

FRANTZ

Si quisiera

explicarlo no podría;

pero mi alma se interesa

en su favor.

BARÓN

Frantz, ¡qué débil
35

eres!

FRANTZ

Es verdad; mas crea

Vmd., que un necio piadoso

vale más que la soberbia

de un sabio sin compasión.

BARÓN

Necio!

FRANTZ

La beneficencia

40

produce la gratitud.

BARÓN

¡Ah! no es verdad. (Con dolor.)

FRANTZ

Quien dispensa

los beneficios, yo juzgo

que es más feliz en la tierra

que el mismo que los recibe.

45

BARÓN

Eso es verdad.

FRANTZ

¡Qué franqueza!

Y Vmd. es un bienhechor.

BARÓN

¿Quién, yo?

FRANTZ

Por veces diversas

ha sido testigo Frantz.

BARÓN

Hombre crédulo, contempla
50

que hacer bien es la mayor

de las necesidades nuestras.

FRANTZ

¡Oh! no tanto como eso.

BARÓN

Y los hombres, en mi idea,

son indignos del favor.
55

FRANTZ

Muchos, es verdad.

BARÓN

Pues piensa,

que son hipócritas todos.

FRANTZ

Mentirosos.

BARÓN

Aparentan

lágrimas a nuestros ojos,

y ríen a espaldas nuestras.

60

Ve aquí el hombre. (Con amargura)

FRANTZ

Sin embargo,

hay algunos...

BARÓN

¿Dónde?

FRANTZ

En esa

cabaña.

BARÓN

¿Quién, el anciano?

¿Y ha llorado sus miserias

delante de ti?

FRANTZ

Mil veces.

65

BARÓN

¿Y quieres tú que le crea?

el verdadero infelice,

amigo Frantz, no se queja.

(Después de un rato de silencio.)

Pero enfín, cuéntame toda

su desgracia.

FRANTZ

Es tan inmensa,

70

que ha perdido a su buen hijo.

BARÓN

¿Cómo?

FRANTZ

Bajo las banderas

militares sentó plaza

para dar a la pobreza

de su padre algún consuelo.

75

(El BARÓN le mira, y después continúa.)

FRANTZ

El viejo tomó por fuerza,

y a pesar de su dolor,

el precio de la terneza

y la libertad de un hijo;

pero al pobre no le queda
80

otro recurso que el cielo:

enfermo, pobre y sin fuerzas

para ganarlo...

BARÓN

No puedo,

no puedo hacer aunque quiera

nada por él.

FRANTZ

¡Ah, Señor!

85

en favor de su indigencia

Vmd. puede mucho.

BARÓN

¿Y como?

FRANTZ

Quizá con poco pudiera

rescatar a su buen hijo.

BARÓN

Será fuerza que yo vea
90

al anciano.

FRANTZ

Bien, Señor.

BARÓN

Pero, como acaso mienta...

FRANTZ

No miente no.

BARÓN

¡Qué no miente!

¡el hombre! ¡el hombre!... ¿es en esta

cabaña?

FRANTZ

En esa cabaña.

95

(El BARÓN entra en ella.)

¡Qué alma tan noble y tan bella!

pero con él se me olvida

el modo de hablar: apenas

le conozco, y ha tres años

que le sirvo. La primera
100

vez que ve un hombre le habla

con seriedad y dureza;

mas sin embargo, a ninguno

ha negado en su miseria

la protección y el consuelo.
105

El es misántropo, es fuerza;

no hay remedio: sin embargo,

su misantropía empieza

en sus mismas desventuras,

porque el odio que profesa
110

al hombre no está en su alma,

que sólo está en su cabeza.

(Sale el BARÓN de la cabaña, y PETERS detrás.)

BARÓN

Y bien ¿qué me quieres?

PETERS

Nada,

pero yo soy el que era...

BARÓN

¡Qué necio!

FRANTZ

¿Pues cómo es eso?

115

¿tan pronto, Señor de vuelta?

BARÓN

¿Y qué había yo de hacer

allí?

FRANTZ

Pero enfín ¿es cierta

su desgracia? ¿lo habéis visto?

BARÓN

He visto a su cabecera
120

ese bribonzuelo.

FRANTZ

¿Y que

tiene que ver (cuando sea

verdad) aqúeste muchacho

con la piedad que se alberga

en Vmd.?

BARÓN

Tiene que ver:

125

que estaba de inteligencia

con el viejo... ¡hombres perversos!

¡Cómo hubieran, cómo hubieran

hecho mofa los ingratos

de mi credulidad necia

130

si me hubieran engañado!

FRANTZ

¿Pues Vmd. cree que fueran...?

BARÓN

¿Qué hacían juntos?

FRANTZ

Bien fácil

(Sonriéndose de su desconfianza.)

es de saber. Hombre, llega, (a PETERS.)

ven acá: di, ¿a qué has venido
135

a esta cabaña?

PETERS

¿Cuál, ésta?,

FRANTZ

Sí.

PETERS

Yo, a nada.

FRANTZ

No, no, amigo,

por algo has venido a ella.

PETERS

¡Toma! ¿y por qué? ¡vaya, vaya!

Mire Vmd., cuando me muestra
140

Madama Miler la cara

risueña, por complacerla

me echaría yo en el pozo

del castillo de cabeza.

FRANTZ

¿Luego ella te manda?

PETERS

145 Sí,

por más que Vmd. lo pretenda

saber, no lo ha de saber.

FRANTZ

¿Y por qué?

PETERS

¿Por qué? porque ella

me dijo: ve, Peters mío,

(Imitando la voz de MILER.)

ve por Dios, y que no sepa
150

nada ninguno; ve presto,

Peters bonito, que es fuerza

socorrer al viejo... vamos,

estas palabras me llegan

al corazón, y no puedo
155

negarme por más que quiera.

FRANTZ

Ya, pero si ella lo manda

es fuerza tener cautela.

PETERS

Sí, que no la tengo yo.

Mire Vmd., más de quinientas
160

veces le dije a Tobías

que no pensara que era

Miler la que le mandaba

el dinero; y aunque fuera

el Rey no se lo diría.
165

FRANTZ

¡Oh! tú eres mozo de prendas.

¿Y era mucho?

PETERS

Yo no sé;

pero habrá semana y media

que le traje otro dinero,

y después otro... a la cuenta
170

de lo que se ahorra: y juzgo

que era en un día de fiesta,

porque yo tenía puesto

mi vestido nuevo.

FRANTZ

¿Y esa

Madama Miler, es quien le
175

socorre en sus urgencias?

PETERS

Toma, ¿pues quién? no, mi padre

no es tan tonto como ella:

y dice, que es necesario

guardar siempre nuestra hacienda;
180

pero con mayor razón

en estío y primavera

no se debe dar limosna,

que entonces la providencia

produce plantas y frutos
185

para los hombres.

FRANTZ

Muy bella

máxima! ¡qué amable padre!

¿no es verdad?

PETERS

¿Pues quién lo niega?

Pero Miler no hace caso

por más que la reconvengan.

190

Y aun hace más.

FRANTZ

¿Qué más hace?

PETERS

Mire Vmd., ¡cuando Isabela

tenía los hijos malos,

quiso enviarme a su aldea

con dinero; mas mi padre
195

no me dejó que yo fuera,

porque llovía.

FRANTZ

¿Y qué hizo?

PETERS

Toma, lo llevó ella misma

y se me puso a curar

los niños como si fueran
200

suyos.

FRANTZ

¡Mujer singular!

PETERS

A veces da grima el verla

llorar, sin saber por qué;

y si yo, Señor, pudiera

verla llorar sin llorar,
205

vaya muy enhorabuena:

pero el caso es, que si llora,

que quieras, o que no quieras,

yo me quedo sin comer,

y echo a llorar.

FRANTZ

210 ¿Y bien, queda (Al BARÓN.)

Vmd., Señor, satisfecho?

BARÓN

Haz que ese hablador se vuelva

al castillo.

FRANTZ

A Dios, amigo

Peters.

PETERS

¿Con que Vmd. me deja?

FRANTZ

No, pero Madama Miler...
215

PETERS

¡Ay! es verdad que me espera.

A Dios.

(Saluda al BARÓN, que no lo corresponde.)

Oye Vmd., Señor,

aquél está que revienta

de rabia, porque no pudo

sacarme ni esto siquiera.

220

FRANTZ

Es verdad.

PETERS

¡Ah! no, conmigo

no hay que venirse con fiestas,

que para guardar secretos

yo. (Vase.)

FRANTZ

Bien, a Dios. ¡Qué simpleza!

vaya, Señor.

BARÓN

¿Qué?

FRANTZ

Que ahora

la desconfianza era

injusta.

BARÓN

¡Oh!

FRANTZ

¿Pero qué duda

le queda a Vmd.?

BARÓN

Si me queda

o no, calla: enfín no quiero

escuchar más.

(Se levanta y sigue hablando con acritud.)

230 ¿Quién es esta

Madama Miler? ¿por qué

su nombre siempre resuena

en mi oído? ¿y por qué causa

sin haber podido verla,

a cualquier parte que voy
235

ha estado primero ella?

FRANTZ

Vmd. debía alegrarse.

BARÓN

¿Por qué?

FRANTZ

Porque es una prueba

de que aún hay entre los hombres

algunas almas modestas
240

y bienhechoras.

BARÓN

Sí, sí.

FRANTZ

Procure Vmd. conocerla.

BARÓN

¡Conocerla! (Con ironía)

FRANTZ

Yo, Señor,

la conozco, y es muy bella.

BARÓN

Mucho peor: la hermosura
245

encubre con apariencia

falaz un alma viciosa.

FRANTZ

Pues la suya es en mi idea

el velo de la virtud:

es tal su beneficencia...
250

BARÓN

¡Ah, qué incauto! mira, Frantz,

cualquiera mujer desea

deslumbrarnos, afectando

alguna virtud, y ésta

sera quizá más astuta
255

en su ficción.

FRANTZ

Pero sea

como sea, poco importa,

con tal de que favorezca

al anciano, y haga bien.

BARÓN

Mejor, así en su pobreza
260

no necesita de mí.

FRANTZ

No obstante, Señor, en ella

la buena Miler habrá

socorrido las urgencias

limitadas y actuales;
265

pero, por más que lo sienta,

no le habrá podido dar

para consolar sus penas

rescatando a su buen hijo.

BARÓN

Reparo, que te interesas
270

(Con una ironía amarga.)

con mucho ardor por Tobías.

¿Estarás de inteligencia

tú con él para engañarme?

FRANTZ

¿Y es posible, que Vmd. crea...

(Con las lágrimas en los ojos.)

¡ah! no ha nacido del alma
275

de Vmd. tan baja sospecha.

BARÓN

Es verdad; perdoname,

(Con bondad le alargó la mano.)

amigo mío.

FRANTZ

Sí venga

la mano y la besaré (Lo hace.)

mil y mil veces. Es fuerza
280

que os hayan quizá burlado

algunas almas perversas

cruelmente, para haber

concebido contra ellas

ese odio universal,
285

aquesa injuriosa idea

de la virtud y justicia.

BARÓN

Tú lo has dicho. ¡Cuanta pena

me has dado Frantz! déjame

(Se vuelve a sentar, y lee)

FRANTZ

Vele allí con su tristeza
290

sumergido en la lectura:

así pasa la carrera

de su vida: a los placeres

muerto, a la naturaleza

muerto también, y sumido
295

en su dolor. ¡Quién pudiera

restituirle al placer!

Hace tres años que aleja

la sonrisa de su boca,

y otros tantos que la idea
300

de un suicidio fatal

me hace estremecer. Si fuera

posible al menos, que amase

la sociedad... Si quisiera

cultivar algunas flores...

305

Pero nada; en su tristeza

sumergido, calla y lee,

o si alguna vez despliega

sus labios es detestando

de su mísera existencia,
310

y maldiciendo a los hombres

artífices de su pena. (Lee el BARÓN.)

«En la soledad adquieren mayor energía nuestras ideas; pero también se renuevan las antiguas heridas, y cuanto en otro tiempo agitó con violencia las fibras de nuestro cerebro, es un fantasma que nos persigue y nos atormenta de continuo.»

FRANTZ

Tiene razón ese libro;

pero también se me acuerda

haber oído decir,
315

(Va saliendo TOBÍAS.)

que por lo mismo era fuerza

huir de la soledad,

y abandonarse a la inmensa

multitud de los negocios.

TOBÍAS

¡Oh cuán grata es la influencia
320

del sol sobre el infelice!

Pero mi alma se enajena

de placer, y de su Dios

benéfico no se acuerda.

(Se descubre levanta las manos al cielo.)

FRANTZ

Ve aquí un anciano, que goza

325

(El BARÓN cierra el libro, y mira con atención al viejo.)

de poco bien en su extrema

necesidad, y da gracias

a la augusta Providencia

del poco bien de que goza.

BARÓN

Porque la esperanza llega
330

con los hombres al sepulcro,

y en sus límites los deja.

FRANTZ

A Dios, buen hombre: parece

que veo más fortaleza

en Vmd.

TOBÍAS

335 Dios, y el cuidado

de una mujer que no niega

su misericordia al pobre,

me han conservado en la tierra

quizá por algunos años.

FRANTZ

Sin embargo Vmd. demuestra
340

bastante edad.

TOBÍAS

Sí, Señor,

ya paso de los setenta,

y pocas satisfacciones

puedo ya gozar en ella.

FRANTZ

Pues yo, amigo, me quejara
345

de mi suerte, si tan cerca

de la tumba me volviese

a la vida y a la pena;

que la muerte es el consuelo

del infeliz.

TOBÍAS

350 ¿Vmd. piensa,

que soy yo tan infeliz?

¿No gozo aún de la bella

luz del sol amaneciendo?

¿No he recobrado mis fuerzas

con la salud? ¡ay amigo!
355

aquél que por vez primera,

después de un penoso mal,

respira el aura serena

de una plácida mañana,

es el más feliz que llegan
360

a ver los rayos del sol.

FRANTZ

Pero ese bien degenera

bien pronto con la costumbre.

TOBÍAS

No en la vejez: muchas penas

me han afligido y me afligen;
365

y sin embargo sintiera

la muerte. Cuando mi padre

me dejó en su pobre herencia

esa cabaña, gozaba

yo de mi salud y fuerzas.
370

Tomé una mujer honrada,

tan amante como buena,

y Dios bendijo mi unión

con tres hijos: pero esta

dicha duró pocos años.
375

Dos dellos vieron apenas

el sol de la juventud,

y la muerte con fiereza

los arrebató. Yo amigo

sufrió el golpe con paciencia;
380

pero mi pobre mujer,

o más débil, o más tierna,

murió de dolor: quizá

yo en mi soledad hubiera

seguíolos a la muerte,
385

si la divina clemencia

no me hubiera consolado.

Enfín cuando mi flaqueza

adoraba sus decretos,

y resignado en su eterna
390

misericordia vivía

con un hijo, última prenda

de mi amor, algo felice;

su generosa imprudencia

le condujo a sentar plaza
405

por socorrer la miseria

de su anciano padre... Amigo,

este golpe me condena

a la pérdida cruel

del apoyo de mis fuerzas
400

inútiles; y os protesto,

que sin la beneficencia

de una mujer virtuosa,

de hambre y de pesar muriera.

FRANTZ

¿Y sin embargo Vmd. ama
405

la vida? ¿Vmd. la desea?

TOBÍAS

¿Y por qué no, mientras

haya un objeto que interesa

mi corazón en un hijo?

FRANTZ

Puede que Vmd. no le vuelva
410

a ver jamás.

TOBÍAS

Sin embargo

yo le conservo en la idea;

y aun cuando esté decretado

que mis ojos no le vean,

esperaría la muerte
415

sin yo desearla. Aquella

es la cabaña tranquila

en que nací; aquella vieja

encina creció conmigo,

y... (casi tengo vergüenza
420

de decirlo) tengo un perro

que en mi dolor me consuela.

FRANTZ

¡Un perro! (Riendo.)

TOBÍAS

Un perro; sí, amigo,

ríase Vmd. cuanto quiera;

pero sepa Vmd. que Miler,
425

la generosa, la buena

Miler, vino a visitarme

un día en mi cabañuela

y como el perro ladraba

viéndola entrar, dijo ella:
430

¿por qué no da Vmd., Tobías,

este animal, pues apenas

tiene Vmd. pan que comer?

Señora, y si yo le diera,

la respondí, ¿quién me amara
435

en mi soledad?

FRANTZ

No sea

(Al BARÓN, que piensa profundamente.)

causa de que Vmd. se enoje

la interrupción; mas quisiera

que Vmd. oyese...

BARÓN

Sí, Frantz,

todo lo escuché: ve y lleva
440

ese libro a mi aposento,

te dejarás abiertas

las ventanas hacia el río

FRANTZ

Voy, Señor. (Vase.)

BARÓN

No te detengas. (Con prontitud.)

Dime, anciano ¿qué te ha dado
445

Miler?

TOBÍAS

Aquel alma bella,

aquel alma angelical

me ha dado cuanto pudiera

desear para comer

hasta el invierno.

BARÓN

450 ¡No mientas!

¿Y nada más?

TOBÍAS

¿Y que más?

Ella, Señor, bien quisiera

librar a mi buen Ernesto;

pero por más que lo sienta,

carece de facultades.
455

BARÓN

Salva un hijo. A Dios.

(Vase con precipitación, después de darle una bolsa de dinero.)

TOBÍAS

¡Que nueva

felicidad es la mía! (Abre la bolsa.)

¡Válgame Dios!, ¡y monedas

de oro! Amigo, miradlo:

(A FRANTZ que sale.)

la confianza en la eterna
460

misericordia, jamás

nos engaña... ¡oh providencia!

FRANTZ

¿Y quién es el generoso?

TOBÍAS

Su amo de Vmd... ¡ah, que pueda

gozar de su buena obra,
465

como de la recompensa!

FRANTZ

¡Hombre singular!

TOBÍAS

Ni quiso

el buen Señor que le diera

las gracias, y ya iba lejos

antes que mi torpe lengua
470

se moviese.

FRANTZ

Ve ahí a mi amo.

TOBÍAS

A Dios, amigo. Ello es fuerza

correr cuanto me permitan

los años a dar la nueva

de su rescate a mi hijo
475

¡Cuanta será su impaciencia,

su placer, cuando se abrace

con cuanto amaba en la tierra:

con su amante y con su padre!

O tú, augusta omnipotencia,
480

colma de favor al hombre

generoso; que tu diestra

cubra su frente de gracias:

extiéndase tu clemencia

en la felicidad suya.
485

¿Que quién hay que la merezca

mejor que el hombre piadoso,

que tu imagen representa?

(Vase por la derecha.)

FRANTZ

¡Ah! ¿por qué no soy yo rico?

¿por qué yacen las riquezas
490

en manos de los crueles?

¡ah! si yo las poseyera

socorrer el infortunio

serían mis complacencias.

(Vase por la arboleda.)

(La escena representa un salón del castillo. Sale EULALIA con una carta abierta.)

EULALIA

¡Ah! ve aquí lo que me aflige.
495

Yo estaba ya más contenta

en mi retiro, a pesar

de que no siempre se alberga

el gozo en el corazón

del solitario. ¡Oh, yo necia
500

y desgraciada mujer!

en el claustro y en las selvas

te seguirá tu dolor,

clavado como una flecha,

Eulalia, en el corazón.
505

Pero al fin, cuando la pena

le oprimía con su peso,

yo lloraba sin dar cuenta

a nadie del llanto mío;

y errando triste e inquieta
510

por los campos del castillo

ninguno formó la idea

de que mi alma obedecía

a la irresistible fuerza

de una conciencia culpable
515

que por siempre me condena

a llorar lejos del hombre

mi criminal imprudencia.

¡Mísera yo! si ellos vienen,

a Dios, o dulce y amena
520

soledad, a Dios lectura,

que tal vez has dado treguas

a mi dolor con tus gracias.

¿Y si acaso la Condesa

o el Conde traen algunos
525

de los sujetos que puedan

conocerme? ¡ay! que infeliz

es aquél de quien recela

el corazón criminal

la inoportuna presencia
530

de uno, de un solo testigo,

de su delito y su pena. (Sale PETERS.)

PETERS

Aquí estoy yo.

EULALIA

Muy bien, Peters,

¿y Tobías?

PETERS

Allí queda

tan contento el pobre viejo.
535

EULALIA

¿Le dijiste de quién era

el dinero?

PETERS

Dios me libre.

Le dije, que no creyera

que era usted la que le daba

aquellas cuantas monedas,
540

que no era usted.

EULALIA

Muy bien dicho. (Sonriéndose.)

PETERS

Pero sin embargo piensa

en venir a dar las gracias

que quieras o que no quieras.

EULALIA

Mira, Peters, no permitas,
545

que Tobías cuando venga

entre a verme; dile tú

que duermo, que estoy enferma,

o que no tengo lugar.

Enfín, dile cuanto quieras,
550

y no le dejes entrar.

PETERS

Bien, y si acaso se empeña,

le agarraré por un brazo...

EULALIA

No, Peters, no hagas violencia

al enfermo viejecito.
555

PETERS

Me voy, que mi padre llega. (Vase.)

(Sale BITERMAN.)

Buenos días, Señorita,

yo celebro verla buena

y graciosa como siempre.

Usted me llama, y quisiera
560

saber que novedad hay.

EULALIA

A Dios, Biterman. Hoy llegan

los Señores del castillo.

BITERMAN

¿Quién? ¿el Conde? ¿su Excelencia?

EULALIA

Sí, amigo, de aquí a dos horas
565

llega el Conde, la Condesa

y su cuñado el Mayor,

de Horst.

BITERMAN

¿Lo decís de veras?

EULALIA

Usted sabe, Biterman, (Con dulzura.)

que Miler no se chancea
570

jamás.

BITERMAN

Peters... ¿y es posible?

¡Válgame Dios! ¡cuando vengan

que dirán! Peters... (Sale PETERS.)

PETERS

Señor.

BITERMAN

Ve a buscar a toda priesa

al guarda bosques, y dile
575

que me mande varias piezas

de caza: que Juana limpie

los cuartos de su Excelencia,

y le quite a los espejos

el polvo para que pueda
580

verse en ellos la señora. (Vase PETERS.)

Corre, marcha. ¡Que cabeza

me ha puesto la tal noticia!

Pero lo que me da pena

es, que la cámara verde
585

está toda descompuesta,

y no habrá donde poner

al Mayor.

EULALIA

¿En la escalera

no hay un cuarto hacia el oriente?

BITERMAN

Es verdad; pero esa pieza
590

está para el Secretario:

no obstante tengo una idea

excelente: la casilla

que alinda con nuestra huerta

se la podríamos dar.
595

EULALIA

¿Y cómo, si vive en ella

el extranjero?

BITERMAN

No importa,

que se vaya.

EULALIA

¡Oh! bueno fuera

cometer una injusticia.

Usted sabe, que no media
600

el interés en su elogio,

pues ni le he visto siquiera;

pero cuantos le conocen

tienen repetidas pruebas

de su virtud; y yo creo
605

que la morada que arrienda

la paga liberalmente.

BITERMAN

Cierto, yo no tengo queja

ninguna; pero...

EULALIA

¿Qué? vamos.

BITERMAN

En fin, Miler, yo quisiera
610

saber quien es. ¡Qué demonio!

Siempre va huyendo diez leguas

cuando me ve, y aunque busco

mil ocasiones diversas

para hablar con el criado,
615

ni tampoco me contesta.

«Hoy hace buen día. Sí.

»Ya los árboles empiezan

»a brotar. Sí. Me parece

»que hoy el amo se pasea
620

»con gusto.» Sí. Mil demonios

se lleven tanta reserva

y tal callar, vaya, vaya.

EULALIA

Bien, pero con la impaciencia

olvida usted a los Condes.
625

BITERMAN

Pues si es verdad; usted vea

que motivo habrá...

EULALIA

Las nueve.

Yo me voy a mis haciendas:

a Dios, Biterman. (Vase.)

BITERMAN

Sí, sí;

también usted es linda pesca;
630

ni tampoco sé quién es.

¡Madama Miler! ¡qué buena!

¡hay tanta Madama Miler

en el mundo! La Condesa

la recibió hace tres años,
635

para darle la intendencia

del castillo, pero bien,

¿quién es esta aventurera?

¿de dónde viene, y por qué?

Ve aquí lo que me condena.
640

Vaya, que es fatalidad

no averiguar tan siquiera... (Sale PETERS.)

PETERS

Padre, padre, que ha llegado

un Señor, venga usted apriesa,

que es el Mayor de... de... vamos,
645

que llega el Señor.

(Sale el MAYOR. PETERS imita a su padre en toda esta escena.)

BITERMAN

Merezca

(Con muchas cortesías.)

un mayordomo, Señor,

ofrecerse a la obediencia

de V. S. y más cuando tiene

el honor de hablar de cerca
650

y rostro a rostro al ilustre

cuñado de su Excelencia

el gran Conde de Walberg.

PETERS

De Walberg.

MAYOR

¡Oh! vamos, deja

cumplimientos, Biterman:
655

ya ves que un hombre de guerra

ni los hace, ni recibe.

BITERMAN

Señor, con vuestra licencia,

aunque estamos en el campo

veneramos la grandeza
660

de los cuñados de un Conde.

PETERS

Conde.

MAYOR

Muy bien, como quieras.

Mi hermano y yo hemos pensado

pasar esta primavera

en el castillo.

BITERMAN

665 Aunque fuese

un año; pues sin que sea

vanidad, he acumulado,

Señor, y puesto en reserva

con que admirar a los Condes.

PETERS

A los Condes.

MAYOR

670 Bien, muy bella

precaución. Tu economía

exige según mis cuentas,

un disipador, y creo

que en mi cuñado se encuentra

cuanto puedes desear.
675

Ha dejado la carrera

militar, y se propone

concluir lo que le queda

de vida en este castillo.

BITERMAN

Y con eso las gacetas
680

vendrán todas las semanas.

PETERS

Semanas.

BITERMAN

Por la escalera

me parece... Sí, Madama

Miler... ¡Buena mujer! ¡buena!

es el ama de gobierno.
685

Yo voy a hacerla que venga,

si gusta V. S.

PETERS

Sí V. S.

MAYOR

No te tomes esa pena.

BITERMAN

¡Oh Señor! no puede serlo

nunca para mí dar pruebas
690

de mis respetos a V. S.

PETERS

Tos a V. S. (Vanse BITERMAN y PETERS.)

MAYOR

¡Que paciencia

es necesario tener

con estas gentes! El piensa

hacerme quizá un obsequio
695

en mandarme alguna vieja

importuna y habladora

que me rompa la cabeza.

(Sale EULALIA, que hace una cortesía, que anuncia su buena educación.)

¡Ola! no es vieja.

EULALIA

Señor,

yo me doy la enhorabuena
700

de conocer un hermano

de la Señora Condesa

mi bienhechora.

MAYOR

Y yo aprecio

un bien que me lisonjea,

pues por él conozco a Vmd.
705

EULALIA

Sin duda la primavera

ha dado motivo al Conde

de venir aquí.

MAYOR

No, bella

Miler, Vmd. le conoce:

que haga sereno, que llueva,
710

poco le importa, con tal

de que su casa no sienta

la tristeza ni el enojo.

Amistad, amor y mesa

son los placeres de un alma
715

como la suya, y si llega

a reunirlos, ve aquí

su codicia satisfecha.

EULALIA

En verdad, que la ventura

le favorece: riquezas,
720

salud, todo contribuye

a su dicha; mas si hubiera

probado tal vez los males

que a la humanidad rodean,

aun al lado de su esposa,
725

no gozaría de entera

felicidad.

MAYOR

Es muy cierto;

peor el alma epicúrea

de mi cuñado disfruta

de un bien, que jamás altera
730

el dolor, y por gozar

de su libertad se deja

el servicio, y por vivir

tranquilo.

EULALIA

¿Aquí? (Algo turbada.)

MAYOR

Si no encuentra

estorbo en la soledad
735

EULALIA

Señor, el hombre que alberga

un corazón libre y puro

no puede encontrar en ella

sino la paz.

MAYOR

Yo aseguro,

que es ésta la vez primera
740

en que una boca tan linda

hace su elogio.

EULALIA

No crea

V.S., Señor Mayor,

que mi sexo no respeta

la soledad ni me haga
745

ese cumplimiento a expensas

de las mujeres.

MAYOR

Señora,

la verdad: ni Vmd. es hecha

para vivir en el yelmo,

ni yo imagino que tenga
750

atractivo para Vmd.

EULALIA

Señor Mayor, cuando re ina

una constante igualdad

en nuestra vida, es inmensa

la rapidez con que pasan
755

nuestras horas: las ideas

de un día retratan siempre

las del anterior; las mismas

ocupaciones y el mismo

placer. Cuando en una bella
760

madrugada me levanto

por gozar de la serena

luz del sol amaneciendo,

bendigo la omnipotencia

de la mano que derrama
765

vida en la naturaleza.

Deja el ganado su establo,

y las tranquilas ovejas

van al prado: el labrador,

sacudiendo la pereza,
770

unce los amigos bueyes,

y los vientecillos suenan

con sus rústicos cantares.

Vuelvo a casa, y mis haciendas

particulares me ocupan
775

hasta que la tarde llega

y voy a regar mis flores...

Mis flores, las compañeras,

de mi soledad. En tanto

los mozos y las doncellas
780

me divierten con sus juegos

que dirige la inocencia,

hasta que el plácido sueño

y el cansancio nos dispersan.

MAYOR

Es verdad, pero el invierno... (Sale PETERS.)
785

PETERS

Toma, ya está en la escalera;

yo no puedo más.

EULALIA

¿Qué es eso?

PETERS

¿Qué ha de ser? que se me cuela

Tobías... aquí está ya. (Sale TOBÍAS.)

TOBÍAS

¡Oh mi bienhechora! es fuerza,
790

es fuerza que yo...

(Queriendo abrazar los pies de EULALIA que lo impide.)

EULALIA

Buen hombre...

¡Válgame Dios! ¿no pudiera

Vmd. venir a otra hora?

ya ve Vmd...

TOBÍAS

Mujer modesta

tanto como virtuosa,
795

el Señor...

MAYOR

Y bien, ¿que intenta

este anciano?

TOBÍAS

Demostrar

la gratitud que me llena

todo el fondo de mi alma
800

a los pies...

EULALIA

Mañana es buena

ocasión.

MAYOR

Déjele Vmd. (Con viveza.)

y permita que yo sea

testigo de un accidente

que me dice en lo que emplea
805

la bella Miler el tiempo.

Habla buen viejo, y consuela

tu corazón.

TOBÍAS

¡Ah Señor!

¡Si cada palabra fuera

una bendición celeste!
810

Yo estaba en mi cabañuela

abandonado y enfermo,

y mi débil existencia

caminaba hacia la muerte.

La lluvia, el viento, la intensa
815

nieve, entraban en mi choza,

y yo en una vieja estera

desnudo, pobre, y enfermo,

aun no tenía siquiera

unas migajas de pan
820

que dar a mi perro en prueba

de gratitud a su amor.

En esto que Miler llega

como el ángel del consuelo;

me da favor, me dispensa
825

remedios, y todo cuanto

necesitaba en mi extrema

situación; pero la gracia

de su virtud, su halagüeña

oficiosidad, lograron
830

recuperar la flaqueza

de mi vejez... ¡Ah! yo vivo,

yo vivo, y gozo la eterna

luz del sol por su piedad.

¿Y querrá que no agradezca
835

mi sensible bienhechora...? (Se arrodilla.)

EULALIA

Por Dios, buen viejo...

TOBÍAS

Modesta

Miler, deje Vmd. que riegue (Ella lo impide.)

con mis lágrimas la tierra

que pisa; deje que bese
840

la mano que se interesa

en mis males, y por quien

bendice la Providencia

mi vejez. El extranjero

que ha venido a nuestra aldea
845

me ha dado el oro que veis

para rescatar la prenda

de mi amor, al hijo mío.

De aquí voy a la bandera,

le rescato, lo desposo
850

con una joven honesta,

y quizá tendré el placer

de ver en la propia mesa,

de poner en mis rodillas

los frutos de su terneza.
855

Y si acaso pasa Vmd.

alguna vez por la puerta

de mi cabaña, ¡qué gozo

será para su alma bella

decir, «estos son felices
860

»por mi piedad!»

EULALIA

¡Que pena

me está Vmd. dando, Tobías!

basta. (Como suplicando.)

TOBÍAS

Sí, basta: mi lengua

es incapaz de explicar

cuanto es el placer que prueba
865

mi corazón este instante.

(Le besa la mano de por fuerza, y PETERS se va limpiando las lágrimas.)

Mujer virtuosa y tierna,

sólo Dios y tu virtud

pueden ser tu recompensa. (Vase y PETERS.)

EULALIA

Mucho tardan ya los Condes.
870

MAYOR

No, bella Miler, no quiera

Vmd. distraerme acaso

de la deliciosa idea

de su virtud. ¡Ah! ¡qué poco,

discurrí yo hallar en esta
875

soledad una mujer

como Vmd!

EULALIA

¿Pues qué una escena

tan simple puede causaros

admiración?

MAYOR

880

Yo quisiera

saber (perdone Vmd., Miler,

una curiosidad necia)

si Vmd. ama, y si es casada.

EULALIA

Lo fui.

(Pasa repentinamente a la tristeza desde la alegría que aparentaba.)

MAYOR

¿Luego Vmd., en esa

suposición, es viuda?
885

EULALIA

¡Ay Señor! hay ciertas cuerdas

en el corazón humano,

que si las pulsas resuenan

con dolor. Perdone V. S.,

voy a ver si el Conde llega. (Vase.)
890

MAYOR

Vaya Vmd., que ya la sigo.

¡Válgame Dios! ¡quien creyera

hallar en la soledad

de una miserable aldea

tal mujer! piadosa, noble,
895

y como bella modesta.

¿Quién será? pero que importa

que sea ilustre, o no sea

para los hombres de bien?

No es mi corazón de piedra,
900

ni cerrado a la virtud:

¿no es compasiva, no es bella

no la amo? pues ve aquí

sus títulos de nobleza.

Acto II

(La escena se representa en el salón antecedente. Salen el CONDE, la CONDESA, el MAYOR, EULALIA, BITERMAN, PETERS, un Postillón, dos Lacayos y una Camarera de la condesa, que trae un niño de la mano.)

CONDE

Enfín llegamos el cielo

bendiga nuestra jornada

como puede. Bella Miler,

cansado de mis campañas,

en las banderas de Vmd.
5

vengo a tomar una plaza.

EULALIA

Mis banderas, Señor Conde,

ya sólo en la retirada

se despliegan.

CONDE

Sin embargo,

los amores y las gracias
10

vuelan en contorno suyo.

CONDESA

Vaya, amado esposo, vaya,

Vmd. parece que olvida

que estoy aquí.

CONDE

Pero, amada

esposa, bien puedo yo (Remendándola.)
15

hacer también lo que acaba

de hacer su hermano de Vmd.

que ha reventado las jacas

de mi tiro, por llegar

con dos horas de ventaja.
20

MAYOR

Si hubiera sabido cuanto

tienes de amable en tu casa,

dirías bien.

CONDESA

Cara Miler,

voy a complacer el alma

de Vmd. como lo desea.
25

Este niño es de mi hermana,

de mi pobre Carolina,

que ha muerto la desgraciada,

y le deja sin amparo,

con que suplamos su falta
30

entre las dos.

NIÑO

Tía mía,

¿es otra mamá? ¡que guapa!

¡ay! pues yo la querré mucho.

CONDESA
Bien, Eugenio.

(Al oír Eugenio se turba EULALIA, y después profundamente pensativa se inclina hacia el Niño.)

EULALIA
¿Qué se llama

Eugenio? Que bello nombre.
35

NIÑO
Yo soy Eugenio.

EULALIA
¡Que gracia!

CONDE
Y bien, Biterman, yo creo,

(Dando a BITERMAN su espada y sombrero y se sienta.)

que nos tendrás preparada

una regular comida.

BITERMAN

Señor, no será muy mala.

40

MAYOR

Oye, Condesa, ¿quién es (Aparte a ella.)

ese tesoro que guardas

en este campo?

CONDESA

¡Oh, Señor

enamorado, y que alma

tiene tan tierna!

MAYOR

Responde.

45

CONDESA

Y bien, ¿que quieres? se llama

Miler.

MAYOR

Sí, ya lo sé; pero...

CONDESA

Pues yo tampoco se nada

más.

MAYOR

¡Oh! no burles.

CONDESA

No burlo.

Vente conmigo a la sala

50

del Conde, y allí verás

que lo ignoro. Eugenio, vaya,

ven a descansar un rato.

Querida Miler, no salga

Vmd. de aquí; pronto vuelvo,
55

y en la compañía grata

de Vmd. espero gozar

cuantos gustos me prepara

la soledad que amo tanto.

(Vanse la CONDESA, el MAYOR y los Criados y el Niño.)

CONDE

Y bien, Biterman, ¿aún gastas

60

aquel buen humor que siempre?

BITERMAN

Para servir a tan alta

Excelencia.

CONDE

Bien, yo espero

tener buenas temporadas

contigo.

BITERMAN

Lo que es por mí

65

haré, Señor, cuanto haya

que hacer.

(Por PETERS, que le está haciendo cortesías cuando le mira.)

CONDE

¿Quién es ese tonto?

¿y qué significan tantas

cortesías?

BITERMAN

Con perdón

de su Excelencia se llama
70

Peters, y es mi hijo.

CONDE

¡Ah! sí.

¿Y cómo estamos de caza?

BITERMAN

¡Oh! de caza grandemente.

Mas yo he preparado varias

diversiones a mis amos.

75

Excelencia, es una octava

maravilla ver el parque:

obeliscos, lontananza

ruinas y.. ¿qué sé yo?

Por ejemplo, allí a la entrada
80

del bosque, sobre el arroyo,

hay una puente labrada

a la chinesca... ¡mas cómo!

¡con qué solidez!

CONDE

Pues vaya, (Se levanta.)

hombre, mientras que comemos
85

llevame a ver esas raras

invenciones.

BITERMAN
Sí, Señor

(BITERMAN le da el sombrero.)

pues Vuecelencia lo manda,

tendré el honor de servirle.

PETERS
Yo también.

CONDE
90 Pero, Madama

Miler, ¡Vmd. trabajando,

sin hablar una palabra!

¿qué es esto? yo vuelvo pronto,

y quiero verla ocupada

seriamente en discurrir
95

como variar las gracias

y los placeres del campo.

Vamos, que ya tengo gana (a BITERMAN.)

de ver la puente chinesca.

BITERMAN
Es magnífica.

(El CONDE, BITERMAN y PETERS parten por la derecha de los actores. EULALIA, que desde que se fue la CONDESA se puso a bordar, derramando lágrimas sobre el bastidor, y sumergida en una profunda meditación que sólo interrumpe su llanto, después de haberse ido los de la escena anterior, dice, ya puesta en pie.)

EULALIA

¿Qué pasa

100

en mi corazón? ¡Dios mio!

¡qué moción inesperada

ha sentido, que mi llanto

jamás con tanta abundancia

se vertió! cuando el dolor
105

me obedecía, las gracias,

la presencia de aquel niño

han aniquilado el alma

de una infeliz. ¡Ay! su nombre

me recuerda cuanto amaba
110

mi corazón en la tierra.

¡También esta madre ingrata

tiene un Eugenio! ¡un Eugenio!

cuya maternal crianza

no es obra mía. ¡Si ha muerto!
115

¿quién sabe si ante las plantas

del Dios de los inocentes

él y mi pequeña Amalia

piden contra mí? ¡oh idea

cruel! ¿por qué despedazas
120

mi corazón, y su llanto

moribundo me retratas,

sino hay remedio? ¿por qué

me pintas su amable infancia

luchando contra el dolor,
125

e implorando en su desgracia

la compasión que les niega

una mano mercenaria?

¡Y cruel los abandona

su madre desventurada
130

e insensible! ¡ay, cuán culpable

criatura soy! se me arranca

el corazón al pensarlo.

¡Y cuando, cuando mi amarga

pena me devora el pecho!
135

cuando debo en mis palabras

aparentar un placer

de que no goza mi alma.

(Sale PETERS apresurado y gritando.)

PETERS
¡Ay Dios mío, ay!

EULALIA
¿Qué es eso?

PETERS
Que el Conde ha caído al agua,
140

y su Excelencia se ahoga.

EULALIA
¿Pero ha muerto?

PETERS
No le falta

mucho; pero no se ha muerto.

EULALIA

Pues no grites, vamos, calla,

que su esposa...

PETERS

¿Que no grite?

145

¡ay Dios mío de mi alma! (Gritando más.)

que se ha mojado el Señor.

(Salen la CONDESA y el MAYOR.)

CONDESA

¿Por qué das voces?

MAYOR

¿Quién causa

este ruido?

EULALIA

Señora,

un ligero acaso, nada;

150

¿ya está fuera de peligro

el Conde; es verdad? (A PETERS.)

CONDESA

Madama,

¿pues qué ha sido?

PETERS

La maldita

puente chinesca... y estaba

fuerte; pero, ya se ve...

155

¡también el Señor se agarra

de los maderos! si aquello

no está para sufrir chanzas.

Toma, así que los tocó,

puf, se cayeron al agua,
160

y el Señor se fue detrás.

CONDESA
¡Ay mi esposo!

EULALIA
Pero, vaya, (A PETERS.)

¿no le sacasteis al punto?

PETERS

¿Quién? ¿yo y mi padre? ¡ya baja!

lo que hicimos fue gritar,
165

y gritar por las cabañas.

A nuestros gritos llegó

aquel hombre que no habla

nunca, y soltando la ropa

se tiró de un salto al agua,
170

agarró al señor de un brazo,

en la orilla me le planta

bueno y sano, y se marchó

sin decir una palabra.

CONDESA

¡Ay hermano! ¡ay Miler mía!

175

venid, corramos en, alas

del deseo a dar al Conde

nuestro favor, y las gracias

al generoso extranjero,

que le sacó de las aguas.

180

(Vanse precipitados.)

(El teatro representa la escena primera, del primer acto. El BARÓN aparece sobre un asiento rústico y de allí a un momento sale FRANTZ.)

FRANTZ
¿Quiere Vmd. comer?

BARÓN
No.

FRANTZ
Vamos,

un pichón.

BARÓN
No tengo gana; come tú.

FRANTZ
Quizá el calor...

BARÓN
Puede ser.

FRANTZ
Pues bien, ¿se guarda
185

para la noche?

BARÓN

No, come.

FRANTZ

¿Me da Vmd. licencia para

(Después de algún silencio.)

hablarle un poco?

BARÓN

Sí, Frantz.

FRANTZ

Pues, Señor, Vmd. acaba

de hacer una buena acción.
190

BARÓN

¿Cuál?

FRANTZ

La de salvar...

BARÓN

¡Oh! calla.

FRANTZ

¿Sabe Vmd. a quién?

BARÓN

A un hombre.

FRANTZ

Pero un hombre que se llama

el Conde de Walberg.

BARÓN

Bien.

195

FRANTZ

Ese proceder me arranca (Otro silencio.)

mil lágrimas de ternura.

BARÓN

¡Qué debilidad!

FRANTZ

¡Un alma

tan noble! ¡tan generosa!

BARÓN

¿Tú me adulas? vamos, basta, (Se levanta.)

200

vete.

FRANTZ

Cuando yo en silencio

pienso en la jamás exhausta

piedad de Vmd.; en el gozo

con que alivia las amargas

penas de cualquiera hombre,

205

y que a pesar de tan grata

virtud no es Vmd. felice,

se me parten las entrañas

de dolor.

BARÓN

¡Ay buen amigo! (Alargando la mano.)

FRANTZ

Amado Señor, si tanta...

210

(La coge, y habla.)

melancolía procede

de alguna enfermedad rara,

yo sé de un médico docto,

que quizá podrá curarla.

BARÓN

¡Ay Frantz! mi mal es aquí,
215

(Pone la mano sobre corazón.)

y a esta enfermedad no alcanzan

los remedios.

FRANTZ

¿Con que luego

es Vmd. por otra causa

realmente desdichado,

siendo tan bueno? ¡Que amarga
220

situación es la de Vmd.!

BARÓN

Yo sufro, sin que lo haya

merecido.

FRANTZ

¡Pobre amo!

BARÓN

¿Olvidas que esta mañana

dijo el anciano: aún hay
225

otra vida más feliz? pues calla,

esperemos, y suframos.

FRANTZ

Esperemos.

BARÓN

Frantz.

(Después de algún silencio.)

FRANTZ

¿Qué manda

Vmd.?

BARÓN

Es fuerza partir.

FRANTZ

¿Y adónde será la marcha?

230

BARÓN

Dios lo sabe.

FRANTZ

Yo estoy pronto

a seguir a Vmd.

BARÓN

¿Me engañas

Frantz?

FRANTZ

Señor, hasta la muerte.

BARÓN

¡Ay! ¡ojalá! allí descansa (Con vehemencia.)

para siempre el infelice.
235

FRANTZ

El justo goza de calma

en todas partes. ¿Qué importa

la tempestad que amenaza

en derredor de nosotros,

si vive tranquila el alma?
240

fuera de que, ¿no está Vmd.

contento en su solitaria

habitación?

BARÓN

No: mil gentes

desconocidas acaban

de llegar a ese castillo;
245

y los que ignoran las gracias

de la soledad acaso

llamarán extravagancia

y ridiculez mi humor.

FRANTZ

No, Señor, la temporada
250

que le habiten será corta:

es un enjambre que vaga

aquí y allí, sin deseo

de posar sobre las ramas

de la soledad; la moda
255

le trae aquí, y mañana

el frío y la moda misma

le llevarán de reata

a su primera colmena.

BARÓN

Me parece, que acibaras (Con desconfianza.)

tu reflexión.

FRANTZ

Ello es fuerza

mezclar tal vez con las gracias

la seriedad.

BARÓN

Y presumo,

que acaso cuando le falta

objeto a la burla tuya,
265

lo soy yo.

FRANTZ

¿Quién, Vmd.? vaya,

volved a caer de nuevo

en esa desconfianza

universal. Es posible...

BARÓN

Pero aguarda Frantz, aguarda:

270

(Mirando adentro.)

¿qué uniformes, qué plumajes,

son aquellos que se alcanzan

a ver? huyamos.

FRANTZ

Huyamos.

BARÓN

Y presto; si yo tardara

en hacerlo, era preciso

275

cerrar por siempre mi estancia

a su importuna visita,

y yo en ellos no extrañara

que a mi pesar penetrasen

hasta mi retiro: basta,

280

que llegan, voy a cerrar

mis puertas y mis ventanas. (Vase.)

FRANTZ

Y yo aquí de centinela. (Paseando.)

Con efecto no se engañan

en que a nosotros nos buscan;
285

pero al cabo, si ellos tratan

de saber quien es mi amo,

sera en valde: no sé nada,

y nada sabrán.

(Salen al bastidor la CONDESA y su hermano.)

CONDESA

Hermano,

aquél que por allí anda
290

será su criado.

MAYOR

Amigo, (Se acercan.)

¿podríamos ver mi hermana

y yo al extranjero?

FRANTZ

No.

MAYOR

Con pocos minutos bastan

para verle.

FRANTZ

Se ha encerrado.

295

CONDESA
Dígale Vmd., que una Dama

se lo suplica.

FRANTZ
Ay Señora,

es en vano.

CONDESA
¡Cosa rara!

¿aborrece a las mujeres?

FRANTZ
A toda la especie humana.
300

CONDESA
¿Y por qué?

FRANTZ
Acaso le habrán

engañado.

CONDESA

¡Extravagancia

poco galante!

FRANTZ

Es verdad;

pero también cuando halla

ocasión de dar la vida
305

a un hombre, corre y le salva,

exponiéndose a la muerte.

MAYOR

Más vale que no la falsa

y necia galantería:

pero tampoco una vana
310

ceremonia nos conduce

aquí para darle gracias.

La esposa, pues, y el cuñado

de aquél a quien de las aguas

ha libertado, desean
315

hacerle ver la eficacia

de su gratitud.

FRANTZ

Tampoco

gusta mucho de eso.

CONDESA

Vaya,

que es un hombre singular.

FRANTZ

Que solo vive en la calma
320

de la soledad.

CONDESA

No obstante

yo quisiera verle para

saber quién es.

FRANTZ

Yo también.

CONDESA

Pues ¿Vmd. que le acompaña

no le conoce?

FRANTZ
Y muy bien

esto es, conozco el alma

virtuosa que le anima;

porque a la verdad Madama,

¿juzga Vucencia que sólo

con saber el nombre basta
330

para conocer al hombre?

CONDESA
Tiene Vmd. razón, me agrada

ese modo de pensar.

¿Y Vmd. quién es?

FRANTZ

Yo, Madama...

un criado de Vucencia. (Vase.)
335

CONDESA

Sin duda la extravagancia

de parecer singular

encierra en esa cabaña

a este hombre.

MAYOR

Y el criado

le imita bien.

CONDESA

Pues ya basta

340

de importunidad. Ahora

volvamos atrás, que tardan

mi marido y nuestra Miler.

MAYOR

Escúchame antes, hermana.

El accidente del Conde

345

nos interrumpió en la sala

del castillo, y aún ignoro

lo que le importa con tanta

verdad a mi corazón.

¿Quién es esta mujer sabia,
350

esta mujer singular,

cuyas virtudes y gracias

me han enamorado tanto?

yo te lo suplico, habla.

CONDESA

¿No sabes ya, que lo ignoro?
355

¿que te admira? es una exacta

verdad. Cuando yo la vi

por primera vez en casa

me pareció sumergida

en su dolor, y entregada
360

a la tristeza. Con todo

no le pregunté la causa

de su pesar, porque juzgo

que los secretos que guarda

el desventurado, son
365

su desventura, y un alma

sensible ha de distraer

al infelice que calla

del objeto de su llanto.

MAYOR

¿Pero como tuvo entrada
370

en tu casa?

CONDESA

Veslo aquí.

Tres años habrá que estaba

yo en el castillo, y un día

por la tarde mis criadas

me dijeron que una joven
375

solicitaba la gracia

de hablarme. Dije que bien;

cuando pareció Madama

Miler con esta modestia,

esta sencillez que arrastra
380

el amor; pero sus ojos

con mil signos demostraban

el tormento roedor,

que se ha convertido en grata

y dulce melancolía.
385

Ella se arrojó a mis plantas,

pidiéndome que salvase

a la más desventurada

de la tierra. Yo sensible

a su llanto y a las gracias
390

de su juventud, la alcé

prometiéndola mi casa,

mi protección y mi amparo

sin afligir más su alma

con preguntas dolorosas;
395

pero procure con ansia

conocerla: y advirtiéndola

la virtud que se hospedaba

en ella, muy desde luego

no la admití por criada
400

como pidió, sino amiga.

Un día, pues, que pasaba

con ella por estos campos,

y la vi absorta, enajenada,

y con el alma en los ojos,
405

contemplando la inexhausta

e imponderable belleza

de estas plácidas campañas.

Por lo mismo la propuse

mi castillo por morada
410

constante de su infortunio.

Ella, sin que otra palabra

pudiese articular, coge

mi mano, la besa y baña

con llanto: su corazón
415

agradecido brillaba

en su llorar silencioso.

Desde entonces, retirada

en mi castillo, prodiga

su piedad en las cabañas
420

del contorno con secreto;

y enfín, Mayor, adorada

de cuantos ven, habita

en mis campos solitaria.

Ve aquí, amigo, lo que sé.
425

MAYOR
Poco, a la verdad, o nada

para dejar satisfecho

mi deseo; pero basta

para mi resolución.

Ayúdame; tu eficacia
430

puede hacer que se declare;

y con tal que sea honrada

su familia, es mi mujer.

CONDESA
¿Quién?

MAYOR
Miler.

CONDESA
Hermano...

MAYOR
Hermana...
435

querrás decir...

CONDESA
Poco a poco.

Las máximas que reclaman

la igualdad de los estados

no juzguen que son extrañas

para mí; pero vivimos
440

en sociedad, y la vara

de la opinión...

MAYOR

Enriqueta,

en vano, en vano te cansas:

la virtud es siempre noble.

Una pasión no esperada,
445

tan rápida como activa,

me subyuga y arrebatada.

Yo no repugno a esconderme

en la tranquila morada

de la obscuridad, si en ella
450

puede reposar el alma

en paz y dichosa.

CONDESA

Pero

ya ves tú, que no me falta

qué responder: tú, Mayor,

debes respetar tu casa
455

y a tus amigos.

MAYOR

Yo debo

(concluyamos, pues, hermana)

ser feliz y hacer felices

a mis hijos, y me basta

mi corazón para guía.
460

CONDESA

Ahora el amor apaga

las luces de tu razón,

y no adviertes en las causas

que pudieran destruir

tu intención. ¿Quizá Madama
465

Miler podrá recibir

tu oferta sin repugnancia?

MAYOR
Ve ahí para lo que imploro

tu persuasión y tu gracia.

Bella Enriqueta, conoces
470

mi corazón a quien cansa

y siempre cansó la necia

galantería. La llama

del amor, o lo que usurpa

su nombre, no tuvo entrada
475

jamás en él, y un amigo

en otro tiempo llenaba

toda su capacidad:

hoy amo enfín, y me arrancas

la felicidad, si estorbas
480

una unión tan deseada.

Pero compadéceme,

habla por mí.

CONDESA

La palabra

te doy de hacerlo, aunque veo

tu error. No te persuadas,
485

sin embargo, que confío

convencerla... pero calla,

que llegan aquí...

(Salen EULALIA y el CONDE por la derecha.)

CONDE

Por Dios,

Señora Miler, que anda

Vmd. por doce: no, amiga,
490

para el necio que apostara,

con Vmd.

EULALIA

Esto es costumbre,

y a las dos o tres semanas

que V. E. lo ejerciera

no le costaría nada
495

el andar.

CONDE

¿Y donde está

Biterman? le daré gracias

por su puente a la chinesca,

que a fe mía, es una alhaja

digna de un príncipe.

CONDESA

Y bien,

500

dime, ¿ahora donde estabas,

que te íbamos a buscar?

CONDE

¿Dónde estaba? con Madama

venía; yo no sé más,

porque, amiga, mientras habla
505

Miler no sé dónde estoy.

EULALIA
En la colina cercana,

hemos estado a la orilla

del río que su pie baña,

y fertiliza el contorno.
510

CONDE
A la verdad, que es muy grata

y amena la perspectiva

que ofrece nuestra comarca;

mas oír la descripción

poética y entusiasta
515

de las bellezas del campo

en la boca de la sabia

Miler, es más agradable.

Con todo, si no se enfada (A MILER.)

Vmd., basta de paseo:
520

me ha cansado la mañana,

y luego el salto que he dado

por Biterman.

CONDESA
Si te cansas,

vamos al castillo.

CONDE
No;

yo estoy fatigado para
525

andar de nuevo, y la sed

me molesta: que nos traigan

cerveza inglesa. ¿Mayor,

que tal? bajo la enramada

la beberemos.

CONDESA

530 Muy bien;

en tanto que tú descansas,

la bella Miler, si gusta,

me acompañará.

CONDE

 Pues vaya,

no os alejéis. ¡Voto va!

que no hay ninguno de casa
535

que vaya por la cerveza.

Ello es cierto, que me enfada

un holgazán de lacayo,

que me cuente las pisadas;

mas ahora... allí está Peters, (Mirando adentro.)
540

que anda a vueltas con las ramas

de un peral. ¿Peters, muchacho,

eres sordo?

(Dentro PETERS.)

PETERS

¿Quién me llama?

CONDE

Yo; ven acá, que otro día

te comerás las que faltan.
545

(Dentro PETERS.)

PETERS
Voy allá.

CONDE
Pronto.

(Sale PETERS con muchas peras en el seno.)

PETERS
Aquí estoy.

CONDE
Mira, vete sin tardanza

al castillo por un frasco

de cerveza (y no te caigas

con él) que lo llevarás
550

allí debajo: despacha.

PETERS
Voy corriendo. (Vase.)

CONDE
Señoritas,

hasta luego.

(Se van por el fondo de la derecha.)

CONDESA
A Dios, Madama

Miler, y bien, ¿qué os parece

mi hermano?

EULALIA

Que en él se hallan

555

mil prendas que le hacen digno

de serlo.

CONDESA

Ya yo esperaba

una lisonja de Vmd.

EULALIA

Muy lejos de cualquier vana

consideración, le miro

560

como un hombre a quien no falta

ni el valor, ni la virtud.

CONDESA
Bella Miler, ni gallarda

persona: ¿no es verdad?

EULALIA
Sí.

CONDESA
Pero un sí, dicho con tanta
565

(Remedándola con amistad.)

indiferencia es un no:

y sin embargo idolatra

en Miler. ¿Qué dice Vmd.?

EULALIA
Que una burla poco urbana

es indigna de V. E.;
570

pero esta será una chanza

inocente, y sin embargo

está mi alma tan lejana

de admitirla...

CONDESA

Como Vmd.

de ser el objeto: basta,
575

que os hablo con seriedad.

EULALIA

Yo no afectaré una falsa (Llena de embarazo.)

modestia; pero V. E.

me confunde y embaraza.

Fue un día, es verdad, Señora,
580

en que brilló alguna

gracia en mí; pero el infortunio

ha borrado en su venganza

las facciones de mi rostro.

¡Ay! Sólo la paz, la calma
585

del corazón embellecen

a la mujer, y las gracias

de que se enamora el justo

deben anunciar un alma

tan pura como tranquila.
590

CONDESA
¡Ojalá que yo probara

la satisfacción de ser

tan virtuosa!

EULALIA
Madama, (Con vehemencia.)

¡oh no lo permita el cielo!

CONDESA
¿Cómo? (Admirada.)

EULALIA

Perdonad la causa

595

de nu agitación. Señora,

soy una desventurada.

Tres años de pena y llanto

no hacen digna mi desgracia

del amistad de V. E.;

600

pero sí de su inexhausta

misericordia. (Quiere irse.)

CONDESA

No, Miler,

venga Vmd. acá; se trata

de un asunto que merece

atención. La inesperada
605

sentencia que Vmd. se impone

a la verdad no me causa

extrañeza: Vmd. parece

a un enfermo que juzgaba

ver el infierno a su lado,
610

y este infierno sólo estaba

en su cabeza.

EULALIA

¡Ah Señora!

que el infierno me acompaña

en el corazón por siempre.

CONDESA

Miler, la amistad es grata

615

(Tomándola las manos.)

y consoladora. Nunca

exigí la confianza

de Vmd. sobre su infortunio,

y ha tres años que mi casa

oculta su desventura;
620

mas hoy otra nueva causa

me anima para saberla.

Vmd. habla con su hermana,

con su amiga, y para prueba,

un hombre de bien os ama.
625

Vmd. quizá llamará

ligereza lo que acaba

de oír; pero, amiga mía,

mi hermano posee una alma

sensible, un corazón noble,
630

y una virtud no violada.

Él buscaba una mujer,

que reuniese la sabia

educación y belleza;

y la virtud y las gracias
635

le han enamorado en Miler.

La primera vez que hablaba

con Vmd., su compasión,

su beneficencia... vaya,

(Miler demuestra vergüenza.)

cara Miler, no prosigo,
640

porque juzgo que se agravia

la modestia generosa

de Vmd. En una palabra;

él aspira a ser su esposo:

su felicidad descansa
645

en Vmd. sola; y supuesto

que Vmd. me ve interesada

en saber su desventura,

haga Vmd. más confianza

de su amiga. Bella Miler,
650

(Con la ternura de amistad.)

mi corazón se dilata

para recibir sus penas;

haga Vmd. por derramarlas

en él, y lloremos juntas,

si yo no puedo aliviarlas.
655

EULALIA

No hay remedio, el sacrificio

más doloroso que el alma

me sugiere arrepentida

es renunciar voluntaria

a la estima de los buenos.

660

Es preciso. (Triste Eulalia (Aparte.)

empieza a pagar tu culpa.)

¿Nunca oyó V. E.? ¡Ay! basta,

(Apartándose con miedo.)

perdón... ¿Nunca oyó V. E.

el nombre?... ¡Desventurada!
665

¡Cuanto es cruel disipar

la ilusión en que apoyaba

V. E. su compasión! (Aparte.)

(¡Pero una mujer culpada

podrá ser tan orgullosa!
670

No hay remedio.) En fin, Madama,

¿Nunca oyó V. E. el nombre

de la criminal Eulalia,

Baronesa de Menó?

CONDESA

¿Que vivía en la cercana
675

Corte? Sí, Miler, y juzgo

que ha causado la desgracia

de un hombre de bien.

EULALIA

¡Dios mío!

¡de un hombre de bien!

CONDESA

¡Ingrata!

y dicen que con un joven
680

huyó la infiel de su casa.

EULALIA

Verdad, verdad... ¡ah Señora! (Se arrodilla.)

deja que inunde tus plantas

con mi llanto; no me niegues

una infelice morada
685

donde pueda yo morir.

CONDESA

¡Gran Dios! ¿y que es lo que habla

(Apartándose de ella)

esta mujer? ¿Vmd. es...?

EULALIA

Yo, la más desventurada

y abominable criatura.
690

CONDESA
¿Vmd. será...? ¡Desgraciada!

El corazón se le rompe

de dolor, y mis entrañas

se conmueven con su llanto.

Vamos, alce Vmd.: su amarga
695

situación me compadece;

pero evitemos que salga

de nosotras un secreto,

que Vmd. con razón callaba.

EULALIA

¡Ah! mi conciencia, Señora,
700

mi conciencia me amenaza

con su grito vengador.

No me aborrecáis.

CONDESA

Eulalia,

no, yo no aborrezco a Vmd.

Sus virtudes, sus desgracias,
705

su mismo remordimiento

no borrarán una falta

tan odiosa; pero nunca

negaré a Vmd. en mi casa

un aposento en que llore
710

de un esposo que la amaba

la pérdida irreparable.

(Empieza a vagar furiosa por el teatro.)

EULALIA
¡Irreparable!

CONDESA
¡Oh incauta,

oh desgraciada mujer!

EULALIA
¡Y mis hijos!

CONDESA
715 Basta, basta,

por Dios.

EULALIA
 ¡Él sabe si viven!

CONDESA
¡Pobre madre!

EULALIA
 Me arrebatan

al hombre más virtuoso.

CONDESA
¡Infeliz!

EULALIA

Que idolatraba

en esta mujer indigna. (Con terror.)
720

¡Mísera yo! ¡Si su alma

inocente me acrimina

ante Dios!

CONDESA

¡Ah! ¡como vagan

sus ojos con el furor!

EULALIA

¡Murió para mí!

CONDESA

La espada

725

del dolor hiere su pecho.

EULALIA

¡Padre mío! tu malvada

hija te cuesta la vida.

CONDESA

¡Cuan cruel es la venganza

de la ultrajada virtud!

730

EULALIA

¡Y yo vivo!

(En todo el incremento de la pasión.)

CONDESA

Desdichada,

¿quien habrá que te aborrezca,

viendote llorar? La falta

(A ella, con amor.)

de Vmd., infelice amiga,

quizá no habrá sido tanta.
735

La debilidad de Vmd.

ha sido un sueño, una vana

y pasajera ilusión.

(EULALIA con viveza.)

EULALIA
No, no, mi culpa es bien clara,

bien horrorosa, y querer
740

hacerla menor agrava

mi tormento... ¡Ah! nunca, nunca

es mayor, que cuando trata

mi razón de disculparme:

no hay disculpa, ni se halla
745

para mi crimen. El triste

consuelo mío dimana

de saber que he merecido

la execración de las almas

justas.

CONDESA

Pero también ellas
750

no le negarán su gracia

a las lágrimas de Vmd.

EULALIA

¡Ah! ¡si V. E. lograra (Más tranquila.)

conocer a mi buen Carlos!

cuando esta mujer ingrata
755

le vio... ¡ay! él reunía

las virtudes y las gracias:

apenas tenía yo

quince años.

CONDESA

¿Y casada

cuanto estuvo Vmd. primero
760

que abandonase la casa

de su marido?

EULALIA

Dos años.

CONDESA

Pues luego ve aquí la causa

de un yerro a que no asentía

el corazón: su temprana
765

juventud.

EULALIA

La juventud

no me disculpa, Madama.

¡Oh inocente padre mío!

tú grabastes en mi infancia

los principios del honor.
770

CONDESA

Lo creo; ¿pero la incauta

inexperiencia resiste

a la seducción? ¡y cuantas,

cuantas veces ha caído

la virtud en las lazadas
775

de un corruptor cauteloso!

EULALIA
Pues ve aquí lo que se llama

incomprendible en mi yerro.

El autor de mi desgracia

y cómplice del delito se
780

confundía en su nada

comparado con mi esposo.

Mas su lengua inveterada

en la seducción, sabía

pintar cruel y tirana
785

la virtud de Carlos: éste

tampoco lisonjeaba

los caprichos de mi lujo,

que tanto aprecian las almas

nuevas como yo imprudentes,
790

y la elocuencia malvada

de mi corruptor indigno

seducía e inflamaba

mi vanidad. En fin... ¡ay!

padre, esposo, hijos... (¡oh caras
795

prendas!) todo lo dejé

por seguir... ¿a quién? La innata

providencia se ha vengado,

permitiéndome que abra

los ojos sobre mi culpa.
800

Mil tormentos despedazan

mi corazón. ¡Ah! yo siento

(Se señala al corazón.)

aquí, aquí... ¡Justicia santa

de mi Dios! yo lo merezco,

y te adoro en tus venganzas.
805

CONDESA
Pero un alma virtuosa

no pudo hacer dilatada

su ignominia.

EULALIA
Lo bastante

para jamas expiarla.

¡Ah! sin duda mi embriaguez
810

pasó presto, y en la amarga

pena que me circuía,

invoqué desconsolada

el hombre a quien ofendí;

pero en vano: procuraba
815

tal vez escuchar el llanto

de mis hijos, que llamaban

a su madre, pero en vano.

CONDESA

Dejemos ya tan ingratas

memorias. ¿Vmd., enfín,
820

huyó de aquella tirana

cautividad?

EULALIA

No pudiendo

soportar la odiosa carga

de mi error, viene a buscar

un asilo en la morada
825

de la virtud generosa

donde pueda mi desgracia

llorar y morir.

CONDESA

Amiga

desde ahora se derrama

en mi corazón su llanto
830

¡ojalá hiciera más grata

la suerte de Vmd. mi amor

animando su esperanza!

EULALIA

¡Ah! nunca, nunca.

CONDESA

¡Y Vmd.

qué sabe del Barón?

EULALIA

Nada.

835

Sólo sé que abandonó

su mansión amancillada

con mi desdoro.

CONDESA

¿Y los hijos?

EULALIA

Los llevó consigo.

CONDESA

Basta

por ahora, que mi hermano
840

y el CONDE vuelven. Eulalia,

Vmd. componga su rostro,

y oculte su desgraciada

situación, que yo prometo

informarme dónde para
845

(Salen el CONDE y el MAYOR.)

el Barón.

CONDE

¿Y bien, Señoras,

no hacemos la retirada?

CONDESA
Cuando quieras

CONDE
Di, Condesa,

¿es cosa de que haga falta

el extranjero a la cena?
850

CONDESA
Ni siquiera una palabra

nos ha querido escuchar.

CONDE
A la verdad, que es bien rara

criatura; pero no importa;

es fuerza que yo le haga
855

conocer mi gratitud.

Conduzcamos estas damas

al castillo, y tú, Mayor,

si quieres, me harás la gracia

de suplicarle que venga.
860

Dile, que le hago la instancia

por ti, por no sonrojar

su modestia; que le aguarda

el objeto de su celo

generoso, y que si tarda
865

en venir, iré yo mismo

a sacarle de su estancia.

MAYOR

Yo admito la comisión,

y la haré con eficacia

y placer. Su beneficio
870

es de aquéllos, que se graban

en un corazón sensible,

y que la amistad consagra.

(El CONDE da la mano a EULALIA, que aparenta serenidad: el MAYOR da el brazo a su hermana, que no se atreve a mirarle. Por la posición y la CONDESA está cerca de EULALIA, y le pasa el brazo por el cuerpo con amistad.)

Acto III

(Sale FRANTZ con un cestillo en la mano, en el cual se supone que trae la comida. que quiere hacer en aquel campo.)

FRANTZ

A la verdad esta vida

pacífica es de mi genio

y no las agitaciones

anteriores. El sosiego

del corazón hace grato

cualquier frugal alimento,

que como tranquilo siempre

bajo este sereno cielo.

¿Pero quién viene?

(Sale el MAYOR.)

MAYOR

Querido,

llame Vmd. al extranjero

10

que quiero hablarle.

FRANTZ

Señor,

es imposible; mi dueño

huye de hablar con los hombres.

MAYOR

Vaya Vmd., en el supuesto

de que no soy un ingrato.

15

(Le ofrece un bolsillo.)

FRANTZ

No necesito dinero.

MAYOR

Pues bien, amigo, siquiera

satisfaga Vmd. mis ruegos.

Dígale Vmd. a su amo

que el sacrificio ligero
20

de tres o cuatro minutos

no le podrá ser molesto

e importuno: que yo soy

un militar tan sincero

como él generoso; enfín,
25

cuanto pueda darle peso

a mi súplica: sí, amigo.

FRANTZ

Voy, Señor, a ver si puedo

(Después de algún silencio.)

hacerle venir. (Vase.)

MAYOR

Muy bien.

¿Pero si viene, qué medio
30

tomaré para introducir

mi súplica? no me acuerdo

de haber tratado en mi vida

misántropo más austero

ni decidido: yo ignoro
35

cómo hablar con un sujeto

a quien su misma existencia,

y a quien todo el universo

se le han hecho insoportables.

FRANTZ

Aquél es.

(El BARÓN y FRANTZ por la izquierda.)

Vuélvete a dentro.

40

¿Quién me busca?

MAYOR

Vmd. perdone,

caballero, si... ¡que veo!

¿eres tú, Menó?

BARÓN

¡Horst mío!

MAYOR

¡Mi buen amigo! ¿es un sueño?

BARÓN

No: yo soy.

MAYOR

¡Válgame Dios!

45

(Mirándole con dolor.)

¿qué pesares han deshecho

tu noble fisonomía?

BARÓN

La mano del vituperio

y la desventura... (¡Carlos! (Aparte.)

calla, calla,) y di, ¿qué objeto
50

te conduce a mi cabaña?

MAYOR

El de hablar a un extranjero

insocial, y vesme aquí

llorando en el dulce pecho

de mi Carlos.

BARÓN

55 ¿Luego tú

no sabías que en el centro

de esta soledad vivía

Menó?

MAYOR

No, amigo, el suceso

de haber salvado la vida

de mi cuñado me ha hecho
60

venirte a buscar en nombre

de su gratitud: primero

te vino a llevar mi hermana

consigo al castillo, a efecto

de hacerte gozar el fruto
65

de tu beneficio en medio

de su inocente familia;

o enfín venía de nuevo

a suplicarte lo mismo,

y este acaso me ha devuelto
70

un amigo a quien lloraba

perdido por largo tiempo,

y de quien mi corazón

necesitaba el consuelo. (Le abraza.)

BARÓN

Soy tu amigo, sí, tu amigo;
75

tu corazón es sincero

y virtuoso, y el mío

te ama como en un tiempo

te amó. Horst, ¿te lisonjea

una verdad que confieso
80

en la efusión de mi alma?

pues dame una prueba de ello,

dejándome para siempre.

MAYOR

Cuanto escucho y cuanto veo

es incomprendible, Carlos.
85

Tu eres; pero echo menos

aquel rostro, que anunciaba

tus virtudes, tu talento,

tu afabilidad y gracias,

que un día constituyeron
90

tu carácter.

BARÓN

Tú te olvidas

que estás hablando de tiempos

muy lejanos a nosotros.

MAYOR

¿Muy lejanos? yo comprendo,

que tu edad, que apenas llega
95

a treinta y seis años... pero

¿por qué evitas las miradas

de un amigo? ¿tienes miedo

de que conozca en tus ojos

tu dolor? ¡ah! ¿qué se ha hecho
100

aquella penetración

con que leías lo interno

del corazón?

BARÓN

Sí, Mayor,

(Con una sonrisa dolorosa.)

fui muy hábil, lo confieso,

en leer los corazones.
105

MAYOR

¡Ah! ¡cómo agita tu aspecto

esa funesta sonrisa!

¿qué te sucede? ¿Qué es esto

amigo?

BARÓN

Lances comunes;

(Afectando ligereza.)

el mundo... nada... sucesos
110

ordinarios... sino quieres

(Volviendo a su primera seriedad.)

que te maldiga, te ruego,

que no me preguntes nada;

y si tienes en aprecio

mi amor, déjame por siempre.
115

MAYOR

¡Qué espectáculo tan nuevo

para mí! Caro Menó,

que despierten en tu pecho

las ideas del placer

anterior, y que tu muerto
120

corazón se reanime

a los ojos del primero,

del mejor de tus amigos,

¿Olvidas quizá los bellos

días de nuestra amistad?
125

¿Aquellos días serenos

y las pacíficas horas

en que el Dios del universo,

apareciendo en sus obras,

penetraba hasta los senos
130

del alma, y la disponía

a los a plácidos afectos

de confianza y de amor?

¡Ay! ¡en aquellos momentos

nos unimos para siempre!
135

¿te acuerdas, Carlos?

BARÓN

Me acuerdo.

(Procurando ocultar su turbación.)

¿Y no merezco yo ahora

tu confianza? ¡ah! no es cierto,

que tú y yo fuimos amigos

de los que reúne un necio
140

capricho por un instante,

el instante venidero

los desune: siempre juntos

hemos volado al encuentro

de la muerte... Carlos mío,

145

yo te juro que padezco

en recordarte las pruebas

de mi amor... pero a lo menos,

¿reconoces esta herida?

(Se descubre el pecho.)

BARÓN

¡Ay hermano! ese sangriento (Le abraza.)

150

golpe libértó mi vida;

¡pero qué don tan funesto

hiciste en ella a tu amigo!

MAYOR

Habla, por Dios.

BARÓN

No hay consuelo

para mí.

MAYOR

Lloremos juntos.
155

BARÓN

Ve ahí lo que yo no quiero:

ya no hay más llanto en mis ojos.

MAYOR

Pero depón tus secretos

en mi corazón, y el tuyo

descansará.

BARÓN

No hay remedio:

160

este mío es un sepulcro

cerrado; ¿por qué de nuevo

abrirle a la luz?

MAYOR

Acaso

para cobrar tu primero

ser, tu dignidad antigua,
165

que has perdido. Me avergüenzo

de ti: ¿un hombre tan prudente

dejarse hollar indiscreto

por la suerte? Tú no eres

mi buen Menó, compañero,
170

maestro y amigo mío:

la nobleza de tu recto

corazón debió elevarte

sobre tu destino adverso

la injusticia del hombre.
175

BARÓN

Escucha. Que desde luego

(Después de un corto silencio.)

Piense de mí que quiera

ese mundo que aborrezco;

pero es fuerza, que al dejar

la sombra de tu primero
180

amigo sepas la causa

que aniquiló sus afectos más

plácidos para siempre.

¡Hermano! desde el momento

en que dejamos las tropas
185

de Francia, huyó sin remedio

la ventura de tu amigo.

El deseo lisonjero

de ser útil a mi patria

me fijó en ella. Defectos
190

de legislación, y abusos

del poder dieron al celo

de mi pluma un largo espacio;

y solo adquiriré por premio

la certidumbre terrible
195

de que pueden ser los buenos

aborrecidos sin causa.

Herido en lo más interno

de mi corazón, callé...

¡Tardío conocimiento!
200

¡ah! los hombres no perdonan

nunca al virtuoso necio,

que ha querido ser más sabio

que los otros: y en efecto,

tal fue mi suerte. Yo triste,
205

viví solitario y lejos

de la multitud. Mi patria,

esperando que en su seno

gozara yo de mis bienes,

me dio el no pedido empleo
210

de Teniente Coronel,

que admití sin el anhelo

de ser más. Mi Coronel

murió, y en mi regimiento

había tres oficiales
215

de mi grado y de más precio

por sus méritos que yo.

Juzga tú cuan satisfecho

me quedaría, si hubiera

recaído en uno de ellos
220

la elección; pero la Dama

de un Ministro sin talento

y con amor, dio aquel grado

a un mozo vano y soberbio,

que seis meses hace había
225

hecho el primer juramento

en las banderas; y airado

pedí mi retiro. En esto

corrieron por la ciudad

mil sátiras y libelos
230

sobre su elección injusta,

que me imputaron. Yo, lejos

de humillarme a desmentirlos,

sufrió sin pavor los hierros

de una prisión; pero apenas
235

me vi libre, dejé un pueblo

fatal a los virtuosos.

Confiado yo en mi recto

corazón y en mi tardía

prudencia, desprecié el riesgo
240

de vivir entre los hombres,

y vine a Cásel. Risueño

todo, todo venturoso,

me parecía en mi nuevo

domicilio: mi fortuna
245

y carácter me adquirieron

varios amigos... ¡Amigos!

En fin, a muy poco tiempo

hallé una esposa inocente,

joven, bella, y el modelo
250

de la virtud y las gracias.

¡Cuánto la quiso mi tierno

corazón! ¡y cuán felice viví

con ella en el seno

de mi plácida familia,
255

y con el nombre halagüeño

de padre! Sí, amigo mío,

ve aquí los solos momentos

en que conocí la dicha.

¡Ay mísero! ¿Cómo? aún vierto
260

(Limpiando los ojos.)

lágrimas! ya no esperaba

derramarlas. Acabemos.

Uno a quien llamaba amigo,

y a quien juzgaba sincero

y justo, robó mi casa.
265

Yo devoré el sentimiento

de mi pérdida, y tranquilo

conocí que satisfecho

el corazón, no codicia

esos goces pasajeros
270

del lujo: enfín desterré

de mi familia el exceso

inútil; y limitando

mi sociedad a un estrecho

círculo, conservé en ella
275

un joven, cuyo modesto

lenguaje, cuya conducta

justificaban mi aprecio,

a quien prodigué mi hacienda,

para quien obtuve empleos
280

y cargos... y éste sedujo

a mi mujer en secreto,

y huyó con ella. Ya sabes

mi desgracia. ¿Basta esto

para motivar mi odio;
285

odio universal y eterno,

o llamarás ilusión

mi afrenta y mi vituperio?

¡Ay! el alma de Menó

pudo soportar el peso
290

de los hierros, la injusticia

y la muerte; mas los hierros,

la injusticia y aun la muerte,

¿qué pueden ser en cotejo

del agravio de una esposa,
295

el dulce y único objeto

de mi amor, y por quien sólo

me fue grato el universo?

MAYOR

No era digna de ti, Carlos,

y llorar sin más consuelo
300

por una mujer infiel

es delirio.

BARÓN

No me ofendo

de que llames como quieras

las afecciones que pruebo;

pero el corazón no cede
305

a la fría razón... ¡Cielos!

yo la amo aún.

MAYOR

¿Donde está?

BARÓN

Ni lo sé, amigo, ni quiero

saberlo.

MAYOR

Pero ¿y tus hijos?

BARÓN

En una aldea no lejos
310

de mi soledad se crían,

humildes a los preceptos

de una mujer buena y necia.

MAYOR

¡Siempre Misántropo! ¿Pero

por qué no viven contigo
315

como el único remedio

de hacer menos dolorosa

tu existencia?

BARÓN

No, su aspecto,

copia de una ingrata madre,

me ofrecería el recuerdo
320

de mi fugitiva dicha:

y enfn, amigo, no puedo.

sufrir en derredor mío

ni los niños ni los viejos,

ni los hombres; y si el uso
325

no me hubiera casi hecho

indispensable un criado,

no sufriría el que tengo,

aunque sé que entre los malos

quizá no es el más perverso.
330

MAYOR

Ya veo, que a la amargura

de tu dolor los consuelos

ordinarios serán vanos;

pero la amistad al menos

te será grata. Ven, Carlos,
335

donde te aguarda el afecto

de mi familia.

BARÓN

¿Quién? ¿yo?

¿yo frecuentar el comercio

del hombre? Horst, ya lo dije.

MAYOR

Es verdad; pero yo creo
340

que, a no ser un insensible,

no puedes hacer desprecio

de unas almas que agradecen.

BARÓN

Hermano mío no niego

que dices bien; ¡pero si
345

supieras cuanto padezco

en ver a un hombre! no, amigo,

déjame con el silencio

de mi soledad.

MAYOR

Siquiera

una sola vez te ruego.
350

BARÓN

No, no. (Sin aspereza.)

MAYOR

Carlos, no rehuses

esta gracia a tu sincero,

a tu buen amigo.

BARÓN

Escucha.

(Después de reflexionar.)

Tú lo suplicas, y quiero

complacerte. Pero en fin,
355

que sea como un encuentro

casual, un solo instante.

Condúcelos aquí, y luego

que lleguen al pabellón,

ven por mí, que yo te espero,
360

y tú me presentarás.

MAYOR

Bien, y yo me lisonjeo

que nos harás compañía

en el castillo algún tiempo.

BARÓN

No lo esperes, y te exijo
365

la palabra, el juramento

de que no pondréis estorbo

a la fuga que proyecto

mañana.

MAYOR

¡Qué obstinación!

BARÓN

Dame tu palabra, o vuelva
370

a retractar la que di.

MAYOR

Bien, Carlos; pero...

BARÓN

Te advierto,

que digas a tu familia,

que mis adornos son éstos

que ves. (Señalando su vestido.)

MAYOR

No importa: mi hermano

375

ama solo en ti lo recto

de tu corazón. Ven, Carlos,

abracémonos de nuevo,

y admite las expresiones

del amistad. ¡Ah! no creo,
380

que este abrazo afectuoso (Le abraza.)

haya de ser el postrero. (Vase.)

BARÓN

Frantz. (Sale FRANTZ.)

FRANTZ

Señor.

BARÓN

Mañana mismo

partimos.

FRANTZ

Bien.

BARÓN

Pero pienso,

que lejos de aquí.

FRANTZ

Yo, vamos.

385

BARÓN

Quizá, quizá para pueblos

de la otra parte del mar.

FRANTZ

Adonde Vmd. quiera.

BARÓN

Isleños

pacíficos y felices

del mar del Sur, ¡ay! yo vuelo
390

a morir entre vosotros.

Los piratas Europeos

dicen que robáis. ¿Qué importa

que me despojéis del resto

de una propiedad inútil?
395

El tesoro de más precio,

el reposo de mi vida

me lo han robado en el seno

de mi patria. Viva yo

muerto para el hombre, muerto
400

para el universo, ingrato

origen de mi tormento.

¿Oíste, Frantz? a la aurora

mañana sin falta...

FRANTZ

Entiendo.

(Saca el sobre de una carta.)

BARÓN

Pero... Frantz, primero importa
405

que vayas sin perder tiempo

a casa de la persona

que dice aquí. Yo te quiero

autorizar con mi letra

para que antes del sol puesto
410

te vuelvas con mis dos hijos.

FRANTZ

¡Vmd. hijos!

BARÓN

Sí.

FRANTZ

¡Qué genio!

¡válgame Dios! y ha tres años

que sirvo a Vmd. sin saberlo.

¿Luego Vmd. ha sido esposo?
415

BARÓN

Frantz no me atormentes necio

con preguntas.

FRANTZ

Pues me iré. (Vase.)

BARÓN

Aguárdame en mi aposento.

Sí, yo quiero acostumbrarme

a estrecharlos en mi seno.
420

Estos pobres inocentes

no deben quedar expuestos

a una educación viciosa.

¡Oh nunca sea! primero,

ignorados cual su padre,
425

corran por el campo abierto

con el arco y con la flecha,

como las auras ligeros,

y el arte de manejarlos

sea todo su talento.
430

Pero alguien se acerca. Vamos

a escribir primero, y luego

a cumplir con la amistad

por última vez.

(Vase: y salen la CONDESA, el CONDE, EULALIA y el MAYOR.)

CONDE

Reniego

de tanto andar. Vaya, vaya,
435

que las Señoras me han puesto

en ejercicio; y fortuna

de que soy el compañero

de la bella y elocuente

Miler. Y bien, ¿con qué habemos
440

reducido al Misántropo

a venir aquí? ¡Por cierto

raro hombre! pero nunca

hará menor en mi aprecio

su virtud la extravagancia.
445

MAYOR

Voy por él; pero te ruego

no exasperes su carácter

con instancias: por lo menos

la franqueza logrará

que desarrugue su ceño. (Vase.)
450

CONDE

Bien, haré lo que tú quieras.

Vamos, mujer, ve aquí el tiempo

de hacer uso de tus gracias:

tú ya estás en el empeño

de curar este selvaje
455

melancólico extranjero,

y ello es fuerza.

CONDESA

¿Quién pudiera

conquistar a nuestro sexo

un hombre, que ha resistido

a los ojos halagüeños
460

de nuestra Miler?

EULALIA

Señora,

aun cuando no fuera incierto

ese poder en mis ojos,

mis ojos nunca le vieron.

CONDE

¡Qué rareza! pero él llega
465

con mi hermano. Yo celebro

ver al hombre generoso...

EULALIA

¡Ay!

BARÓN

¡Dios mío!

(CARLOS hace al llegar una cortesía a las damas, EULALIA le mira, dice ¡ay! y cae desmayada en los brazos de la CONDESA: Menó la reconoce, y al decir ¡Dios mio! tapándose el rostro con las manos huye despavorido hacia su habitación. En tanto el MAYOR admirado y triste de lo que acaba de pasar, permanece en silencio hasta que el CONDE y su mujer han conducido al pabellón a EULALIA.)

CONDESA

¡Santo cielo!

¿qué es esto? ¡querida Miler!

CONDE

No vuelve: y el extranjero
470

se ausentó; pero acudamos

a Miler.

CONDESA

Vamos a dentro

del pabellón, que está cerca,

a desahogarla el pecho.

(La conducen entre los dos.)

MAYOR

¡Esperanza lisonjera,
475

vana imagen de mis sueños

deliciosos! yo tendía

mis brazos en pos del viento,

que disipó mis placeres

como la niebla. El secreto
480

se descubrió: yo adoraba

a la mujer de mi tierno

amigo... Y bien, ¿qué sería

imposible a mi deseo

la reunión de dos almas
485

dignas del amor eterno

que se juraron? ¿Acaso

un delito pasajero

(más debilidad que culpa)

habrá por siempre desecho
490

el lazo que los unía?

¡Ah! no, yo me lisonjeo

de hacer feliz nuevamente

a mi Carlos; y si puedo

conseguir esta ventura,
495

no diré que yo la pierdo.

(Sale del pabellón el CONDE.)

CONDE

A Dios, Mayor.

MAYOR

¿Y la Miler?

CONDE

Miler al instante ha vuelto

de su accidente, y ya queda

más tranquila y escribiendo;
500

pero quizá mi presencia

la importuna, y yo no quiero

comprimir su corazón.

Sin embargo, Mayor, pienso

que tú y mi mujer sabéis
505

mucho más en el suceso

actual, que yo.

MAYOR

No envidies

en este caso, te ruego,

esa triste preferencia.

CONDE

No, hermano, no; yo respeto
510

la causa de su aflicción,

y sin saber más te dejo.

Haz siempre por detener

al virtuoso extranjero

a quien amo, y a quien Miler,
515

sino me engaño, hará menos

insocial y Misántropo.

En el castillo te espero.

A Dios. (Vase por la derecha.)

(Salen EULALIA y la CONDESA.)

MAYOR

A Dios.

CONDESA

¿Y mi esposo?

MAYOR

En este propio momento
520

se aleja de aquí. Señora, (A EULALIA.)

no perdamos sin provecho

estos preciosos instantes:

procuremos buscar medios

en tan repentino acaso
525

de que Vmd. vuelva de nuevo

con el mejor de los hombres.

EULALIA

¿Pues como?... ¡que!... caballero...

MAYOR

Menó, Señora, es mi amigo

desde la niñez; los riesgos
530

de la guerra confirmaron

nuestro cariño primero.

Pero hace ya siete años

que lejos de él, y más lejos

de saber de su destino,
535

gemía en el desconsuelo

de mi corazón. En fin,

le hallé, Señora, y su pecho

derramó su acerba pena

en el mío.

EULALIA

540 ¡Oh Dios! yo pruebo

cuanto abate al criminal

la presencia de los buenos.

¡Ah! Señora, ¿dónde, dónde

me ocultaré?

(Esconde la cara entre las manos de la CONDESA.)

MAYOR

¿Si un eterno

dolor; si una larga serie
545

de lágrimas y tormentos,

si la virtud afligida

no nos dan algún derecho

al amor y a la clemencia

de los hombres y del cielo,
550

quien nos le dará? Mujer

desafortunada, el sueño

de tu honor fue de un instante,

y la culpa de un momento

borró el llanto de tres años.
555

si, Señora, yo penetro

el alma de mi buen Carlos:

él quedará satisfecho:

y yo corro a interceder

por Vmd. con todo el fuego
560

de la amistad que me anima.

¡Venturoso yo! si puedo

perpetuar la memoria

de una acción de cuyo efecto

dependerá para siempre
565

mi placer y mi consuelo.

(Hace que se va.)

EULALIA

No, Señor Mayor, yo adoro

su honor, y el injusto pueblo

no perdonaría nunca

su debilidad: al menos
570

no le añadamos dolor

a dolor... ¡Ah! viva lejos

de mí felice, y no pruebe

por más tiempo el vituperio

de llamarme esposa.

MAYOR

575

¿Y qué

Vmd. desprecia mi celo?

EULALIA

No, Señor; mas oiga V. S.

lo que suplicarle quiero.

Muchas veces, que oprimido

mi corazón con el peso
580

de un delito imperdonable

juzgaba que los consuelos

huyeron de mí por siempre;

quizá pensé, que si el cielo

por última vez cumplía
585

los votos de mi deseo,

dejándome ver mi esposo

para confesar mi yerro

a sus plantas generosas,

sería menos intenso
590

mi dolor. Y por lo mismo

haced que atienda mis ruegos:

que me conceda el llorar

por unos cortos momentos

ante sus ojos, si acaso
595

puede sufrir el aspecto

de una mujer criminal.

Pero no juzgue que anhelo

su perdón, ni que yo quiera

restablecer mi concepto
600

a expensas del honor suyo.

¡Ay! solo verle deseo,

y preguntar por mis hijos.

MAYOR

Si no perdió sus derechos

en el corazón de Carlos
605

la humanidad, yo prometo

que lo hará. Dejad ahora,

porque no tenga un pretexto

de rehusar mi visita,

estos contornos. Yo vuelo
610

en favor de Vmd., Eulalia,

a las plantas de mi tierno

amigo.

CONDESA

¡Ay hermano! nunca

te quise como te quiero.

(La CONDESA ir alarga la mano con la expresión de la amistad: EULALIA echa una mirada al MAYOR, que explica su reconocimiento; después se arroja sobre la mano de la CONDESA, que la coge en sus brazos y se entra con ella por el bastidor anterior al pabellón.)

MAYOR

No hay en la tierra dos almas
615

semejantes: su primero

lazo no debe romperse,

y Carlos puede sin riesgo

perdonarla... ¡perdonarla!

¿y cómo eludir los celos
620

del pundonor, que no siempre

es una quimera? Pero

una joven inexperta

la víctima de un perverso

que la arrastró a los delitos,
625

y cuyo arrepentimiento

ha sido tan dilatado,

tan doloroso y severo...

¡Ah! que el mundo no recibe

justificación del bueno
630

que fue débil un instante.

¿Pero Carlos no huye lejos

de su injusto juez? no piensa

sepultarse en el secreto

de la obscuridad? ¿no ama
635

su corazón al objeto

de su llanto? Sí; pues ella

le servirá de universo.

(Sale FRANTZ con los niños EUGENIO y AMALIA.)

EUGENIO

Ya me canso.

AMALIA

Y yo también.

EUGENIO

Y diga Vmd. ¿llegaremos
640

pronto?

FRANTZ

Sí, pronto.

MAYOR

Detente:

dime, ¿que niños son estos?

FRANTZ

Los de mi Señor.

AMALLA

¿Es éste

Papá?

MAYOR

No desperdiciemos

la ocasión. Amigo, escucha;
645

yo se que amas a tu dueño,

y me debes ayudar.

FRANTZ

¿En qué?

MAYOR

No ha muchos momentos

que halló a su mujer.

FRANTZ

¿De veras?
650

¡ay, Señor, cuanto me alegro!

MAYOR

¿Ya conocías a Miler?

FRANTZ

¿Y es ella?

MAYOR

Sí; pero creo

que huye de ella tu Señor,

y ve aquí lo que debemos
655

evitar.

FRANTZ

No hay duda: ¿y cómo?

MAYOR

Sus hijos pueden hacerlo:

llévalos al pabellón,

que dentro de poco tiempo

sabrás más.
660

FRANTZ

Pero...

MAYOR

No quieras

inutilizar mi celo

con tu detención.

(Los conduce al pabellón.)

Muy bien.
665

Mas él llega. Sí: yo espero

que la inocente sonrisa

de sus hijos pequeñuelos

penetre su corazón,

si resiste al lisonjero

670

mirar de su bella madre.

(Sale le Barón.)

Y bien, Carlos, ya te veo

menos infelice.

BARÓN

¿Cómo?
675

MAYOR

Hallándola

BARÓN

¡Cuanto es necio

el que quiere consolarme

demostrándome a lo lejos

el tesoro que perdí!
680

MAYOR

No es necedad, si de nuevo

puedes volver a gozarle.

BARÓN

Te entiendo, Mayor: a efecto

de conseguir mi perdón

te envía; pero te advierto,
685

que es en vano.

MAYOR

Que tu esposa

me envía, no te lo niego;

mas no para reunirnos.

Ella te ama, su consuelo,
690

su ventura la aborrece

sin ti. Pero te ruego

que aprendas a conocerla,

y creas que adora menos

a Carlos, que a su opinión.
695

BARÓN

¿Pues a qué vienes?

MAYOR

Primero

en mi nombre como amigo,

como hermano y compañero

de armas a suplicarte

que le perdones un yerro
700

involuntario: no, nunca,

nunca, (yo lo juro al cielo)

verás su igual.

BARÓN

Es verdad.

MAYOR

No me niegues, que tu pecho

la tiene amor.

BARÓN

¡Ay amigo!

705

(Le coge la mano.)

MAYOR

Pues bien, el remordimiento (Con calor.)

ha expiado ya su culpa.

Sí, Carlos, vuelve de nuevo

a ser feliz.

BARÓN

¡Ser feliz!

¡ser yo feliz! ¿como puedo
710

ser feliz, si ya los hombres

han roto el lazo, que un tiempo

fue mi placer, y le han roto

para siempre? ¡ah! yo no debo

violar la ley que me imponen
715

las opiniones de un pueblo.

MAYOR

¿Y qué te importan los hombres?

quien ha sabido en el tiempo

de tres años de amargura

no codiciar el comercio
720

de un mundo que despreciaba,

podrá concluir el resto

de su vida en compañía

de su amiga.

BARÓN

No hay remedio.

¡Con que todos se conjuran
725

con mi corazón, a efecto

de trastornar mi razón!

¿di, qué quieres de mí?

MAYOR

Quiero

que la veas: ¿negarías

a tu esposa este consuelo?
730

BARÓN

Venga, pues; pero no juzgue

envilecerme: la veo

para no verla jamás.

MAYOR

Espérame aquí un momento. (Vase.)

BARÓN

Y bien, Carlos, ya se acerca
735

el instante postrimero

de tu dicha. La verás,

sí, tú verás al objeto

de tu amor, ¡verás la madre

de tus hijos! ¡ah! ¿y no vuelo
740

a estrechar mi corazón

con su enamorado pecho?...

¡Abrazarla yo!¿no es ella

la que derramó tormentos

en la copa de mis días?

745

¿no es ella por quien padezco

y por quien maldigo al hombre?

¡Pobre Carlos! no hay remedio;

tu suerte está decretada.

Sin embargo no pretendo
750

tratarla con crueldad:

ella verá, que respeto,

su llanto, que la perdono,

y enfín que la compadezco.

¿Pero quién... ¡ay, que es Eulalia!
755

Pundonor, orgullo, celos,

ve aquí la mujer que me hizo

infeliz sin merecerlo.

(Salen EULALIA, la CONDESA el MAYOR, y EULALIA toda trémula y confundida dice a la CONDESA.)

EULALIA

¡Ah generosa mujer!

dejadme: si tuve esfuerzo
760

para la culpa, tampoco

me le ha de negar el cielo

para explicar mi dolor.

(La CONDESA y el MAYOR entran en el pabellón.)

¡Ay, con cuanto, rubor llevo!

Señor.

(Se acerca a Carlos que, sin volver la cabeza, aguarda conmovido que ella empiece a hablar.)

BARÓN

¿Qué quieres Eulalia?

765

(Con dulzura, pero sin volver la cabeza.)

EULALIA

¡No, no por Dios! huya lejos

de mi oído la dulzura

que me despedaza el pecho,

hombre piadoso: resuenen

solo en él los duros ecos
770

de la indignación.

BARÓN

¿Y bien? (Con severidad.)

EULALIA

¡Ah! ¡si el hombre a quien ofendo

se dignase darme quejas,

cuanto aliviaría el peso
775

de mi corazón!

BARÓN

¡Yo quejas!

mis muertos ojos, el negro

velo que los cubre, el llanto

que derramaron un tiempo

se podrán quejar por mí;

780

pero no yo.

EULALIA

Ese silencio

generoso me aniquila,

multiplica los tormentos

de mi penar. ¡Oh Dios mío!

¡a quien agravié!

BARÓN

Al primero

785

y al mejor de tus amigos.

Pero ya ves que debemos

separarnos para siempre.

EULALIA

¡Ah Señor! sí ya lo veo:

tampoco imploro mi gracia,
790

ni vengo con el intento

de conseguir el perdón,

el perdón que no merezco.

Sólo pido, que algún día

no maldigáis al objeto
800

de vuestro primer amor.

BARÓN

No, Eulalia, no; yo no puedo

maldecir a quien me hizo

venturoso en más serenos

días. No, jamás, jamás,
805

triste mujer.

EULALIA

Conociendo

la iniquidad de mi ofensa,

para que volváis de nuevo

a ser más feliz esposo,

ve aquí, Señor, os entrego
810

(Le presenta un papel.)

este papel de divorcio,

en el cual, Señor, confieso

mi delito.

BARÓN

¡Oh, nunca sea!

(Lo toma y lo rompe.)

Tú sola tuviste imperio

en mi corazón, Eulalia,
815

y tu imperio será eterno.

Mi honor sacro e inflexible

me prohíbe aún el deseo

de unirme a ti; pero nunca

tendrá lugar en tu lecho
820

nueva esposa.

EULALIA

Sólo pido

(Después de algún silencio.)

al despedirme...

BARÓN

Primero

escucha. Yo he conocido

cuanto es sensible tu pecho

al llanto del infortunio,
825

y será justo que al menos

satisfagas tu piedad,

y no vivas con el riesgo

de implorar la compasión

ajena: toma este pliego,
830

(Le ofrece uno que saca de su cartera.)

que te asegura una renta

moderada.

EULALIA

No le acepto.

El trabajo de mis manos

será todo mi consuelo,

y el pan que riegue mi llanto
835

me servirá de sustento.

BARÓN

Tómale, Eulalia.

EULALIA

Señor,

bien lo sé que yo merezco

más humillación, más pena;

pero no añadáis, os ruego,
840

a mi rubor esta afrenta.

BARÓN

Cruel hombre, hombre perverso,

¡ah qué mujer me has robado!

Enfín, Eulalia, respeto

tu virtud. Pero si acaso (Con amor.)
845

probases en algún tiempo

la indigencia, te suplico

que recurras al momento

a mí.

EULALIA

Bien está.

BARÓN

Con todo,

(Le da una cajita con joyas.)

estas joyas que te ofrezco
850

tómalas, pues que son tuyas.

EULALIA

No, Señor, estos objetos

me acuerdan aquellos días

en que, digna del afecto

de mi esposo y de mi padre,
855

bendecía el universo

mi ventura. Sólo admito

(Saca de ella un reloj.)

este reloj, que mi Eugenio

llevaba, y al cual rodean

de mi Amalia los cabellos.
860

¡Ah! yo le conservaré,

yo le arrimaré a mi tierno

corazón arrepentido

y le besaré muriendo.

BARÓN

¡Dios mío! no puedo más.
865

A Dios, Eulalia...

(Hace que se va.)

EULALIA

Primero (Le detiene.)

tranquilizad a una madre.

¿Viven mis hijos? ¿han muerto?

BARÓN

Viven.

EULALIA

Hombre virtuoso,

no desatendáis mi ruego:
870

permitid que yo los vea,

y los estreche a mi seno

por última vez... ¡Dios mío!

Si supierais que tormento

me arrancaba las entrañas

875

mientras he vivido lejos

de mi Carlos y mis hijos,

al ver a los pequeñuelos

inocentes de su edad

en sus pacíficos juegos
880

¡Ah! permitidme, Señor,

que yo los vea, y me alejo

dellos y de vos por siempre.

BARÓN

Eulalia, yo te prometo

que los verás esta noche:
885

los aguardo de un momento

a otro, y apenas lleguen

mi criado irá con ellos:

tenlos contigo hasta el alba,

pero devuélvelos luego
890

a su desdichado padre.

EULALIA

En fin, ¿que ya no debemos

vernos en la tierra? A Dios

hombre generoso y bueno;

olvidad a una infelice,
895

que no querrá en ningún tiempo

olvidaros.

(Repentinamente le coge la mano, se arrodilla y la besa.)

¡Ah! dejadme

Señor, que bese primero

esta mano que fue mía.

(La CONDESA tiene al niño en los brazos, el MAYOR a la niña, y salen poco a poco del pabellón, de modo que no llegan a CARLOS y EULALIA hasta el último a Dios.)

BARÓN

Eulalia, no, alza del suelo:
900

no te humilles, y recibe

por fin el a Dios postrero.

EULALIA

¡Para siempre!

BARÓN

¡Para siempre!

EULALIA

¿Puedo llevar el consuelo

de que no me aborrecéis?
905

BARÓN

No, Eulalia, no te aborrezco.

EULALIA

En fin, cuando mi dolor

haya expiado mis yerros,

la muerte nos unirá

con el Dios del Universo.
910

BARÓN

Ante sus ojos no reina

la preocupación del necio,

y allí gozaremos juntos

la eternidad de los tiempos.

(Sus manos se enlazan; y mirándose con la mayor ternura, se dicen voz trémula.)

LOS DOS

A Dios.

(Ellos se separan; pero al volver el rostro encuentra EULALIA a la CONDESA cerca de ella que levanta al niño, y le pone a los ojos de la madre; EULALIA le toma en sus brazos y estrecha con su corazón. Lo mismo hacen a la otra parte el BARÓN y el MAYOR.)

EULALIA

¡Ay!

BARÓN

¡Eulalia mía!

abrazo a tu esposo...

EULALIA

¡Oh cielo!

(Los dos se arrojan en los brazos uno de otro; y al mismo tiempo los niños, que el MAYOR y la CONDESA tienen en sus brazos, se abrazan al cuello de sus padres, y cae el telón.)

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo